

GIBRÁN KHALIL GIBRÁN

**LA TEMPESTAD
(1920)
SATANAS**

El Padre Samaan era profundo conocedor de temas espirituales y teológicos, versado en los secretos del pecado venial y mortal, y una autoridad en los misterios del Paraíso, el infierno y el Purgatorio.

Su tarea era recorrer las aldeas del Norte del Líbano, predicando al pueblo, curando a las almas del mal y previniendo a los hombres contra las acechanzas de Satán, a quien el Padre Samaan, día y noche, combatía sin descanso.

Los campesinos lo respetaban y reverenciaban, y estaban siempre dispuestos a pagar sus consejos y oraciones con monedas de oro y plata. Y en toda colecta, aportaban los mejores frutos de su trabajo.

En una noche de otoño, cuando el Padre Samaan se dirigía hacia su solitaria aldea, atravesando un sitio desolado en medio de valles y colinas, oyó un grito angustioso proveniente del costado del camino. Se detuvo, miró en dirección al lugar de donde provino el llamado y vio un hombre desnudo, tendido sobre el suelo. La sangre brotaba de las profundas heridas de su cabeza y de su pecho mientras gemía e imploraba socorro:

-¡Salvadme! ¡Socorredme! ¡Tened piedad de mí, me estoy muriendo!

El Padre Samaan miró, perplejo, hacia el caído diciéndose: "Este hombre debe ser un ladrón... Seguramente trató de asaltar a un viajero y fracasó; está agonizando y, si muriera en mis brazos, me responsabilizarán de su muerte. Así pensando, siguió su camino; mas el moribundo detuvo sus pasos gritando:

- ¡No me abandones! ¡No me abandones! ¡Me conoces y te conozco y moriré si no me socorres!

El Padre, entonces, se detuvo y empalideció al pensar que estaba negando un auxilio, y con labios trémulos se dijo: "El ha de ser, sin duda, uno de los locos del bosque. El aspecto de sus heridas hace temblar mi corazón; ¿qué haré? ¿En que puedo ayudarlo? Un médico de almas no cura cuerpos"

Y el Padre se alejó; mas, cuando había dado unos pocos pasos, el moribundo lanzó un gemido que conmovió el corazón más duro. El Padre se detuvo nuevamente y oyó al herido que decía, con un jadeo:

-Acércate. Acércate, pues somos amigos desde hace mucho tiempo... Tú eres el Padre Samaan, el Buen Pastor, y yo no soy ni un loco ni un ladrón. Ven a mi lado y te diré quién soy.

El Padre Samaan se acercó al hombre, se inclinó y lo contempló atentamente. Mas tan sólo vio un rostro extraño; un rostro lleno de contrastes; vio inteligencia y maldad; fealdad y belleza; perversidad y ternura... Erguiéndose, retrocedió de un salto exclamando:

-¿Quién eres? ¡Nunca te vi en mi vida! Y el moribundo, con voz débil, dijo:

-No tengas recelo de mí, Padre, que hace tiempo que somos amigos. Levántame y llévame hasta el arroyo y lava mis heridas.

-¿Quién eres tú? Dímelo, pues no te reconozco ni recuerdo haberte visto.

Y el hombre respondió con voz agonizante:

-Me conoces muy bien. Me has visto ya mil veces, hablas de mí todo el día y te soy más querido que tu propia vida. Pero el Padre Samaan, sin reconocerlo, le respondió, enojado

-¡Eres un impostor y un mentiroso! Un moribundo debiera decir la verdad... Jamás vi tu rostro malvado en toda mi vida. Dime quién eres o te dejaré morir...

Y el herido, moviéndose trabajosamente, miró a los ojos del sacerdote y con una significativa sonrisa en sus labios, le dijo con voz tranquila, profunda y suave:

-Soy Satanás.

Al escuchar la terrible palabra, el Padre Samaan dio un grito tan fuerte que sacudió los rincones más lejanos del valle, y, con los ojos llenos de espanto, miró nuevamente al herido reconoció que su figura y sus heridas, coincidían con la figura y las heridas de Satán pintadas en una tela que colgaba de la pared de una iglesia de la aldea, re-presentando el juicio Final. Entonces, exclamó trémulo:

-Dios me reveló tu rostro y me mostró tu figura infemal para alimentar mi odio por ti. ¡Maldito seas por siempre jamás! ¡La oveja enferma debe ser sacrificada por el pastor para que no infecte al rebaño!

Y el demonio respondió, con impaciencia:

-No te apresures, Padre, en perder tu tiempo pronunciando palabras vanas. Ven y cura mis heridas antes que la vida se escape de mi cuerpo.

Mas el sacerdote le dijo:

- ¡Las manos que ofrecen sacrificios a Dios no se mancharán tocando un cuerpo hecho de las secreciones del Infierno! ¡Tú debes morir maldecido por las lenguas de las Edades, por los labios de la Humanidad, pues eres enemigo del Hombre y es intención confesa destruir toda virtud! Satanás se movió angustiado, se apoyó en un codo y, dificultosamente se irguió respondiendo:

-No sabes lo que dices ni comprendes el crimen que cometes contra mi mismo.

"Yo soy la razón de ser de tu bienestar y de tu felicidad. ¿Menosprecias mis beneficios y niegas mis méritos mientras vives a mi sombra? ¿No es mi existencia la justificación de tu profesión, y mi nombre el que da sentido a tu vida? ¿Qué otra profesión abrazarías si el destino decretase mi muerte y el viento esparciera mi nombre? Hace veinticinco años que recorres estas aldeas para prevenir a los hombres de las trampas y ellos compran tus prédicas con dinero y con los frutos de sus campos. ¿Qué otra cosa comprarían de ti, mañana, sabiendo que su enemigo, el demonio, murió y que están libres de su maleficio?

"¿No sabes, en toda tu ciencia, que cuando la causa desaparece, las consecuencias desaparecen también? ¿Cómo aceptarás, entonces, que yo muera si con ello perderás tu posición y el pan de tu familia?

Calló Satanás. Y los rasgos de su rostro ya no expresaban réplica, sino confianza. Después, habló de nuevo:

-Oyeme, oh impertinente ingenuo, y te mostraré la verdad que liga mi destino al tuyo. En la primera hora de su existencia, el hombre, de pie frente al sol, extendió sus brazos y exclamó:

"-Tras las estrellas hay un Dios poderoso que ama el bien. -Después, volviéndose de espaldas, vio su sombra en el suelo y gritó: -En las profundidades de la tierra hay un demonio perverso, adorador del mal.

"Y el hombre volvió a su grúta murmurando:

"-Estoy entre dos dioses terribles, uno es mi protector y el otro mi enemigo.

"Y durante siglos, el hombre se sintió dominado por ambas fuerzas; una buena, que él bendecía y otra mala, que él maldecía.

"Después, aparecieron los sacerdotes. Y esta es la historia de su aparición: Había, en la primera tribu que se formó sobre la tierra, un hombre llamado Laús, que era inteligente pero lleno de prejuicios. Detestaba los trabajos manuales de que se vivía en aquella época, y muchas veces debía dormir con el estómago vacío.

"Una noche de verano, cuando los miembros de la tribu estaban reunidos alrededor del jefe, conversando mientras descansaban, uno de ellos se levantó de pronto en medio de la asamblea, elevó sus brazos al cielo y, poniendo en su voz toda la emoción que pudo fingir, dijo piadosamente:

"-¡Posternaos hermanos míos y orad, pues el dios de las tinieblas está atacando al dios incandescente de la noche. Y si vence el primero, moriremos, pero si triunfa el segundo, entonces viviremos. Orad para que venza el dios de la luna! "Y Laús continuó hablando hasta que la luna volvió a su brillo natural. Y los presentes quedaron maravillados y manifestaron su alegría con danzas y canciones. Y el jefe de la tribu dijo a Laús:

Conquistaste esta noche, lo que ningún mortal consiguió antes que tú. Y descubriste secretos del Universo que nadie entre nosotros conocía. regójate, pues a partir de hoy serás el segundo hombre de la tribu después de mí. Yo soy el más fuerte y el más valiente; y tu eres el más culto y el más sabio. Serás, por lo tanto, el intermediario entre los dioses y yo, y me revelarás sus secretos y me enseñarás lo que debo hacer, para merecer su aprobación y su benevolencia.

"-Todo lo que los dioses me revelarán en mis sueños -respondió Laús-, yo te revelaré al despertar. Seré quien interceda entre los dioses y tú.

"El jefe, satisfecho, obsequió a Laús dos caballos, siete bueyes, setenta corderos y setenta ovejas. Y le dijo: "-Los hombres de la tribu te construirán una casa igual a la mía y te ofrecerán, de cada cosecha, una parte de los frutos recogidos. Pero dime ¿quien es ese dios del mal, que se atreve a atacar al dios resplandeciente?

"-Es el demonio -respondió Laús-, el mayor enemigo del hombre, la fuerza que desvía el ímpetu del huracán hacia nuestras casas, la que manda secar nuestros plantíos y en ferma nuestros rebaños, la que se alegra con nuestra infelicidad y se entristece con nuestras alegrías. Necesitamos estudiar sus intenciones y tácticas para prevenir sus maleficios y frustrar sus artimañas.

"El jefe apoyó su cabeza en el cayado y susurró:

"-Sé ahora lo que ignoraba y los hombres sabrán también lo que sé y te honrarán. Laús, porque nos revelaste el misterio de nuestro terrible enemigo y nos enseñaste a combatirlo.

"Y Laús volvió a su tienda, eufórico por su habilidad e imaginación, mientras el jefe y los hombres atravesaron una noche poblada de pesadillas.

"Así aparecieron los sacerdotes en el mundo; y mi existencia fue la causa de su aparición. Laús fue el primero en hacer de la lucha contra mí una profesión. Más tarde, esa profesión evolucionó y progresó hasta convertirse en arte sutil y sagrado que solamente abrazan los espíritus maduros, las almas nobles, los corazones puros y la amplia imaginación.

"En cada ciudad que nacía, mi nombre era el centro de las organizaciones religiosas, culturales, artísticas y filosóficas. Yo construía monasterios y ermitas sobre cimientos de miedo, y fundaba tabernas y burdeles sobre el gozo y la lujuria. Soy padre y madre del pecado.

"¿Deseas que el pecado muera con mi muerte? ¿Aceptas que yo muera en esta soledad? ¿Deseas romper los lazos que existen entre tú y yo?

"Es curioso que me esfuerce en mostrarte una verdad que conoces mejor que yo, y que es más útil a tus intereses que a los míos.

"Ahora haz lo que quieras. ¡Cárgame sobre tus espaldas y llévame a tu casa y cura mis heridas; o déjame agonizar y morir aquí mismo!

Mientras hablaba Satanás, el Padre Samaan se frotaba las manos agitado. Después, con voz balbuceante como pidiendo disculpas, dijo:

-Sé ahora lo que ignoraba hace una hora, perdona, pues, mi ingenuidad. Sé que estás en el mundo para tentar, y la tentación es la medida con que Dios determina el valor de las almas.

"Sé, ahora, que si murieras, morirá la tentación y desaparecerán contigo las fuerzas que obligan al hombre a ser prudente y a orar, ayunar y adorar. Debes vivir, porque sin ti, los hombres dejarán de temer al infierno y se hundirán en el vicio. Tu vida es, por lo tanto, necesaria para la Salvación de la Humanidad; y yo sacrificaré mi odio por ti en el altar de mi amor a los hombres.

Satanás lanzó una carcajada que sacudió el suelo.

- ¡Cómo eres de inteligente, Padre! -dijo-. Y que conocimientos posees de teología! Has hallado, con el poder de tu inteligencia, una finalidad para mi existencia que yo mismo ignoraba. Ahora comprendemos ambos, nuestra mutua necesidad.

"Aproxímate, hermano mío. Las tinieblas están cubriendo la campiña y la mitad de mi sangre se ha escapado sobre las arenas de este valle y, a menos que me ayudes, nada quedará de mí, sino los restos de mi cuerpo quebrado por la Muerte.

El Padre Samaan, entonces, arrolló las mangas de su hábito, se acercó a Satanás, y cargándolo sobre sus espaldas se encaminó hacia la casa.

En medio de aquellos valles silenciosos y cubiertos por el velo de la oscuridad, el Padre Samaan caminaba doblado por el peso de su carga. Su sotana negra y sus largas barbas estaban salpicadas por la sangre que se escurría sobre él, pero caminaba animado, con sus labios murmurando fervientemente una oración por la vida de Satanás agonizante...

"CONOCETE A TI MISMO"

Salim Efendi Deaibes, en una noche lluviosa de Beirut, meditaba sobre la base de Sócrates: "Conócete a ti mismo".

-Sí -decía-, esta es la llave y la base de todo el saber. Necesito conocerme a mi mismo. -Y levantándose, se paró frente a un enorme espejo y, después de contemplarse largamente, comenzó a enumerar sus características:

-Soy de baja estatura. Así eran Napoleón y Víctor Hugo.

-Tengo la frente estrecha. Así era la de Sócrates y Spinoza.

-Soy calvo. Así era Shakespeare.

-Tengo una nariz grande y aguileña. Así era la de Savonarola y Voltaire y George Washington.

-Tengo los ojos melancólicos. Así eran los de Pablo el Apóstol y Nietzsche.

-Tengo los labios gruesos. Así eran los de Aníbal y Marco Antonio.

Después de enumerar decenas de características semejantes, Salim concluyó:

-Es mi personalidad. Es mi verdad. Soy un conjunto de cualidades que distinguieron a los grandes hombres desde el comienzo de la Historia. ¿Puede un hombre así dotado dejar de realizar algo grande en este mundo?

Una hora más tarde, nuestro héroe estaba durmiendo vestido, sobre la cama deshecha y sus ronquidos, más que la respiración de un ser humano, semejaban el ruido de un molino.

ESCLAVITUD

Los hombres son esclavos de la Vida, y es una esclavitud que llena sus días con miseria y desesperación, e inunda sus noches con lágrimas y angustia.

Siete mil años han pasado desde el día de mi primer nacimiento, y desde aquel día he presenciado los esclavos de la vida, arrastrando sus pesados grilletes. He recorrido el Este y el Oeste de la Tierra, y he vagado a la luz y a la sombra de la Vida. He visto las procesiones de la civilización moviéndose de la luz hacia la oscuridad, y cada una fue arrastrada al infierno por almas humilladas, doblegadas bajo el yugo de la esclavitud. El poderoso es reprimido y sometido, y el fiel se arrodilla adorando a los ídolos. He seguido al hombre desde Babilonia hasta El Cairo, desde Ain Dour hasta Bagdad y he observado las huellas de sus cadenas sobre la arena. He escuchado los ecos tristes de los cambiantes siglos, repetidos por las praderas y los eternos valles.

He visitado templos y altares y entrado a palacios, y sentado ante los tronos. Y vi al aprendiz ser esclavo del artesano, y al artesano ser esclavo del emperador, y al empleador ser esclavo del soldado, y al soldado ser esclavo del gobernador, y al gobernador ser esclavo del rey, y al rey ser esclavo del sacerdote, y al sacerdote ser esclavo del ídolo... y el ídolo es nada más que tierra modelada por Satanás y erigida sobre una pila de cráneos.

Entré a las mansiones de los ricos, y visité las chozas de los pobres. Encontré al infante mamando del pecho de su madre la leche de la esclavitud, y a los niños aprendiendo sumisión con el alfabeto.

Acompañé a los siglos desde las riberas del Ganges hasta las costas del Eufrates; desde la desembocadura del Nilo hasta las planicies de Asiria; desde las arenas de Atenas hasta las iglesias de Roma; desde los suburbios de Constantinopla hasta los palacios de Alejandría... Sin embargo, vi a la esclavitud moverse sobre todo, en una gloriosa y majestuosa procesión de ignorancia. Vi a la gente sacrificando jóvenes y doncellas a los pies del ídolo, llamándolo el Rey; quemando incienso delante de su imagen, y llamándolo Profeta; arrodillándose y adorándolo, y llamándolo la Ley; peleando y muriendo por él, y llamándolo la Sombra de Dios sobre la tierra; destruyendo y demoliendo hogares e instituciones por su causa, y llamándolo Fraternidad; luchando y robando y trabajando por él y llamándolo Fortuna y Felicidad; ma tando por él, y llamándolo igualdad.

Posee varios nombres, pero una realidad. Tiene muchas apariencias, pero está hecho de un solo elemento. En verdad, es un mal eterno legado por cada generación a su sucesor.

Encontré la esclavitud ciega, que ata el presente de las personas al pasado de sus padres, y los incita a ceder a sus tradiciones y costumbres poniendo espíritus ancianos dentro de los nuevos cuerpos.

Encontré la esclavitud muda, que liga la vida de un hombre, a una esposa que aborrece, y coloca el cuerpo de una mujer en el lecho de un esposo odiado, desvitalizando ambas vidas espiritualmente.

Encontré la esclavitud sorda, que sofoca el alma y el corazón, dando al hombre sólo el eco vacío de una voz, y la lastimosa sombra de un cuerpo.

Encontré la esclavitud coja que pone el cuello del hombre bajo el dominio del tirano y somete cuerpos fuertes y mentes débiles a los hijos de la Codicia para ser usados como instrumento de su poder.

Encontré la esclavitud cruel, que desciende con el espíritu del infante desde el amplio firmamento hasta el hogar de la miseria; donde la Necesidad vive junto a la Ignorancia, y la Humillación reside al lado de la Desesperación. Y los niños crecen como miserables, y viven como criminales, y mueren como despreciados y rechazados seres inexistentes. Encontré la esclavitud sutil, que nombra a las cosas de otra manera... llamando inteligencia a la astucia, y vacío a la sabiduría, y debilidad a la ternura, y cobardía a un firme rechazo.

Encontré la esclavitud retorcida, que hace que la lengua de los débiles se mueva con miedo, y hable sin sentimiento, y ellos fingen estar meditando su súplica, pero son como sacos vacíos que hasta un niño puede doblar y colgar.

Encontré la esclavitud sumisa que induce a una nación a cumplir con las leyes y reglas de otra nación, y la sumisión es cada día mayor.

Encontré la esclavitud perpetua, que corona a los hijos de monarcas como reyes, sin ofrecer consideración al mérito. Encontré la esclavitud negra, que marca para siempre con vuergüenza y desgracia a los hijos de los criminales.

Al contemplar la esclavitud, vemos que posee los viciosos poderes de continuación y contagio.

Cuando me cansé de seguir detrás de los disolutos siglas y me aburrí de observar procesiones de gente apedreada, caminé solitario por el "Valle de la Sombra de la Vida, donde el pasado trata de esconderse detrás de las culpa, y el alma del futuro se repliega y descansa demasiado tiempo. Allí, al borde del Río de Sangre y Lágrimas que se arrastraba como una víbora ponzoñosa y se retorció como los sueños de un criminal, escuché el asustado susurro del fantasma de esclavos, y contemplé la nada.

Cuando llegó la medianoche y los espíritus emergieron de sus escondites, vi a un cadavérico y agonizante espectro caer de rodillas, contemplando la luna. Me acerqué diciendo:

-¿Cuál es tu nombre?

-Mi nombre es Libertad -contestó esta espantosa sombra de un cadáver.

-¿Dónde están tus hijos? -le pregunté. Y la libertad, llorosa y débil, jadeó.

-Uno murió crucificado, otro murió loco, y el tercero todavía no ha nacido.

Se fue cojeando, hablando todavía, pero las lágrimas en mis ojos y los gritos de mi corazón no me impidieron ver ni oír.

VENENO DULCE

En una mañana de otoño, que en el norte del Líbano tiene un esplendor inigualable, los aldeanos de Tala se reunieron en la plaza de la iglesia para comentar el repentino viaje de Fares Rahal que, abandonando a su joven esposa, partiera con rumbo desconocido.

Fares Rahal era el líder' de la aldea. Había heredado su primacía de su abuelo y de su padre. Y, aunque joven, había en él una superioridad que se imponía.

Cuando se casó con Susan Barabat todos dijeron: " ¡Qué felicidad! Consiguió, con menos de treinta años, todo lo que un hombre pueda desear de este mundo."

Pero, aquella mañana en que lo recordaban, los habitantes de Tula, que sabían que Fares había reunido todo su dinero antes de montar su caballo y abandonar la aldea sin despe dirse de nadie, se sentían perplejos y comenzaron a buscar los motivos que podían haber llevado, a un hombre como él a abandonar de repente a su gente, su esposa, su casa, sus campos y viñedos.

En el norte del Líbano, la vida se asemeja a un socialismo más que a cualquier otro sistema. Todos comparten las alegrías y las tristezas de la vida, guiados por instintos simples y sinceros. Y hacen frente, juntos, a todos los acontecimientos importantes.

Fue por eso que los habitantes de Tula abandonaron sus tareas cotidianas y se reunieron cerca de la iglesia para cambiar opiniones sobre la misteriosa partida de Fares Rahal.

Mientras conversaban, vieron acercarse al Padre Esteban, párroco de la ciudad, con la cabeza gacha y el rostro sombrío. Lo acogieron con miradas interrogantes.

-No me hagan preguntas -dijo él, por fin-. Todo cuanto se, es lo siguiente: Fares vino a golpear mi puerta antes del amanecer; su rostro estaba marcado por la tristeza cuando me dijo:

-Vine a despedirme, Padre. Me voy más allá del mar y no regresaré jamás a este país.

Después, me entregó una carta para su amigo Nagib Malik y me pidió que la entregara personalmente. Hecho eso, saltó sobre su caballo y desapareció antes que pudiera preguntarle nada.

Alguien conjeturó: -Sin duda, la carta explica los mote vos del viaje, ya que Nagib era su mejor amigo.

Otro preguntó: -¿Ha visto a su esposa, Padre?

-La visité después de las oraciones de la mañana -respondió el Padre-. La encontré sentada al lado de su ventana. Miraba a la distancia, con ojos vidriosos, cual si hubiera perdido la razón. Cuando la interrogué, abanicó su cabeza y murmuró:-No sé. No sé.-Y se echó a llorar como una criatura.

De pronto se oyó un disparo de revólver y todos se estremecieron. Y a continuación escucharon los gritos de una mujer. Los aldeanos quedaron atónitos un instante, y, enseguida, salieron corriendo en dirección al sitio donde sonó el disparo. Cuando llegaron cerca de la casa de Fares Rahal, vieron a

Nagib Malik tendido en el suelo, con sangre brotando de su cuerpo. A pocos pasos de él, Susan, la esposa de Fares Rahal, se arrancaba los cabellos y gemía:

-Se ha suicidado. Se ha suicidado...

La gente se detuvo temerosa. El Padre vio, en la mano del infeliz la carta que le entregara aquella mañana, la retiró y la puso discretamente en su bolsillo.

Cargaron, luego, el cuerpo del suicida y lo llevaron a casa de su madre, quien al ver el cadáver de su único hijo, perdió el sentido.

Las mujeres cuidaban a Susan que estaba medio muerta. Cuando el Padre Esteban volvió a su casa, cerró la puerta, se puso los anteojos y abrió la carta leyendo con voz trémula:

"Nagib, hermano mío,

Abandono esta ciudad porque mi presencia en ella es causa de infelicidad para ti, para mi esposa y para mí mismo.

Sé que eres demasiado noble para traicionar a tu amigo y vecino.

Sé que Susan, mi esposa, es pura e incapaz de cometer un pecado.

Mas sé, también, que el amor que liga tu corazón al de ella es más fuerte que vuestras voluntades. Tú no lo puedes detener, como no puedes detener el curso del río Kadisha. Somos amigos, Nagib, desde que éramos pequeños. Y deseo que continúes pensando en mí como lo has hecho hasta ahora. Y si te encontrases con Susan, dile que la amo y que no la censuro. Dile que sentía pena de ella cuando, de noche, la veía arrodillada frente a la imagen de Jesús, rezando y llorando.

Nada es tan cruel como el destino de una mujer que ama a un hombre, mientras debe vivir con aquél a quien debe amor. Quería mantenerse fiel a sus obligaciones, pero no podía acallar sus sentimientos. Es por eso que me alejo hacia lejanas tierras de donde jamás regresaré. No deseo continuar siendo un obstáculo en el camino de vuestra felicidad.

Finalmente, te pido, amigo y hermano, ser fiel a Susan y ampararla hasta el fin. Ella sacrificó todo por tu causa. Y permanece, Nagib, tal como te conozco: corazón noble, alma elevada. ¡Y que Dio- te proteja!

Fares Rahal

El Padre Esteban dobló la carta y la devolvió a su bolsillo con aire ausente. Sentía que algo se le escapaba. Luego, se levantó agitado, como si hubiera descubierto un secreto terrible escondido tras apariencias inocentes. Y gritó:

-Extraordinaria fue tu astucia, ¡oh, Fares Rahal! Supiste matar a tu amigo sin manchar tus manos con su sangre. Enviaste el veneno mezclado con miel, y cuando él dirigió el revólver contra su propio pecho, tu mano guiaba su mano y tu voluntad dominaba su voluntad... ¡Mortal es tu astucia, oh, Fares Rahal...!

Y el Padre Esteban se volvió de espaldas acariciando sus barbas, el rostro marcado por una mueca amarga.

Desde el centro de la aldea, llegaban hasta él los lamentos de las mujeres.

DIENTES CARIADOS

Había en mi boca un diente cariado. Era un diente astuto y malvado: permanecía quieto todo el día y sólo comenzaba a molestar y a doler por la noche, cuando los dentistas dormían y las farmacias estaban cerradas.

Cierto día, perdí la paciencia, busqué un dentista y le dije:

-Líbreme, por favor, de este diente hipócrita.

-Sería tonto arrancar un diente que podemos tratar-objetó el dentista.

Y comenzó a raspar, limpiar y desinfectar. Cuando el diente estuvo libre de la caries, el dentista lo obturó y declaró con orgullo:

-Este diente es, ahora, más sólido que los otros.

Creí sus palabras, llené sus manos de dinero y me retiré satisfecho.

Pero una semana después, el maldito diente volvió a atormentarme.

Busqué otro dentista y le dije:

-Arranque este diente sin discutir. Porque sufrir es diferente de ver sufrir.

El dentista arrancó el diente. Fue una hora terrible pero beneficiosa. El odontólogo, examinando el diente dijo: -Hizo bien en extraerlo, la caries había llegado a las raíces. No había forma de recuperarlo.

Y dormí en paz, aquella noche y todas las noches siguientes.

En la boca del ser que llamamos Humanidad, también hay dientes cariados. Y las caries ya alcanzaron las raíces, pero la Humanidad no los arranca. Prefiere tratarlos y limpiarlos y obturarlos con oro brillante.

¡Cuántos dentistas están ocupados en tratar los dientes de la Humanidad! ¡Y cuántos enfermos se entregan a esos médicos!; y sufren y aguantan, para después morir.

Y la nación que se debilita y muere, no resucita para narrar su enfermedad al mundo, ni para hablar de la ineficacia de los remedios sociales que la llevaron a la tumba.

En la boca de las naciones de Oriente, también hay dientes cariados, sucios y nauseabundos. Nuestros dentistas tratan de obturarlos. Pero esos dientes no se curarán. Es necesario arrancarlos. Pues las naciones que tienen dientes cariados tienen estómagos débiles.

Quien quiera ver los dientes cariados de una nación oriental, visite sus escuelas, donde los niños y niñas de hoy se preparan para ser los hombres y mujeres de mañana. Visite los tribunales y sea testigo de los actos fraudulentos y corruptos de aquellos que debieran hacer justicia. Verá como se burlan de los sentimientos y pensamientos de los hombres simples, tal como el gato se burla del ratón.

Visite las casas de los ricos, donde reinan la vanidad, la falsedad y la hipocresía.

Y recuerde visitar, también, los tugurios miserables donde habitan el miedo, la ignorancia, la envidia y la cobardía. Después, visite a los dentistas de dedos hábiles, poseedores de instrumentos delicados, panaceas y sedantes, aquellos que gastan sus días llenando las cavidades de los dientes podridos de la nación para disfrazar las caries.

Hablé con esos reformadores que se presentan como la inteligencia de Siria y organizan sociedades y promueven conferencias y hacen pronunciamientos. Cuando -los oiga hablar, escuchará melodías que, quizá, suenen más sublimes que el reconfortante son de la piedra del molino, y más solemne que el croar de los sapos en una noche de verano.

Cuando usted les diga que la nación siria muerde su pan con dientes cariados y que cada trozo masticado y mezclado con saliva infectada enferma el estómago de la nación, ellos le responderán:

-Sí, pero estamos buscando, justamente, las drogas modernas y los medicamentos más eficaces.

Y si les preguntaran: -¿Y qué es lo que pensáis de la extracción? -Se reirán del que los interroga, ya que no estudió la noble ciencia de la odontología.

Y si insisten en preguntar, se enfadan y, apartándose dirán: - ¡Cuántos ignorantes en este mundo! ¡Y como -incomoda su ignorancia!

¡OH, NOCHE!

!Oh, noche de los enamorados, de los poetas y los cantores!

¡Oh, noche de los fantasmas, de las almas y las sombras! ¡Oh, noche del deseo, de las ansias y la nostalgia!

!Oh, gigante erguido entre las nubes enanas del poniente y las hadas de la aurora, empuñando la espada del terror, coronado por la luna, vestido de silencio, mirando con mil ojos la profundidad de la vida, oyendo con mil oídos los gemidos de la muerte y el aniquilamiento.

Eres la oscuridad que nos hace ver las luces del firmamento, mientras que el día es una luz que nos envuelve en la oscuridad, de la tierra.

Eres una esperanza que abre nuestros ojos a la majestad del infinito, mientras que el día es una presunción que nos transforma en ciegos, en un mundo de cantidades y medidas.

Eres quietud que revela secretos a las almas despiertas, en los espacios celestiales, mientras que el día es una serie de ruidos que perturba a las almas, pérdidas, entre sus propósitos y sus deseos.

Eres el justo que une, bajo las alas del sueño, los sueños de los débiles y las aspiraciones de los poderosos, y eres el bienhechor que cierra con sus dedos invisibles, los párpados de los infelices y conduce sus corazones a un mundo menos cruel que este mundo.

Entre los pliegues de tus azules vestidos, los enamorados exhalan sus suspiros; y a tus pies cubiertos de rocío, los solitarios vierten sus lágrimas y en tus manos perfumadas con el aroma de los valles, los exilados depositan los gemidos de su pasión y su nostalgia. Eres el compañero de los enamorados y de los exilados; eres el consuelo de los solitarios y los abandonados.

A tu sombra vagan las almas de los poetas y a tu paso, despierta el corazón de los profetas y toma forma la sabiduría de los pensadores.

Cuando mi alma se cansó de los hombres y mis ojos de contemplar el rostro del día, me alejé hacia el sitio distante, donde duermen las sombras de los tiempos idos.

Allí, me detuve frente a una presencia oscura, que cabalgaba a miles de pies sobre la tierra, y sus valles y montañas. Y miré fijamente los ojos de la sombra y pude oír el batir de alas invisibles y sentir las caricias del silencio, y vencer el miedo a la oscuridad.

Allí te vi, oh, noche, fantasma gigantesco y hermoso, suspendido entre la tierra y el cielo, velado por nubes, envuelto en la cerrazón, riéndote del día, riéndote del sol, burlandote de los esclavos en vigilia, frente a los ídolos dormidos.

Te vi hacer escarnio de los reyes que dormían envueltos en seda y contemplar con furia el rostro de los criminales. Meciendo a los niños en su cuna y sonriendo a las lágrimas de los enamorados. Elevando a las almas nobles al cielo y aplastando bajo tus pies a las almas mezquinas.

Te vi, oh, noche, y tu me viste. Y eras en tu terrible majestad, un padre para mí y yo era, en mis sueños, un hijo para ti. Y no hubo más velos entre nosotros, y me confesaste tus secretos e intenciones. Y yo te revelé mis aspiraciones y mis esperanzas. Y cuando lo temible de tu rostro se transformó en melodía, suave como el murmullo de las flores y mis temores cedieron paso a una seguridad dulce como la confianza de las aves, me alzaste hasta ti, me pusiste sobre tus rodillas y enseñaste a mis ojos a ver, a mis oídos a oír, a mis labios a hablar. Y enseñaste a mi corazón a amar lo que los hombres odian y a odiar lo que ellos aman.

Después tocaste mis pensamientos con tus manos y mis pensamientos son ahora cual un río caudaloso que corre cantando y arrastrando todo lo viejo y todo lo muerto.

Después besaste mi alma y mi alma se encendió y es como una llama que quema todo lo seco.

Y te acompañé, oh, noche, y te seguí hasta asemejarme a ti. Y mis inclinaciones se mezclaron con las tuyas, y te amé, hasta que mi ser se convirtió en una diminuta réplica tuya. Y en mi alma oscura hay estrellas luminosas que la pasión esparce al anochecer y en mi corazón hay una luna que ilumina la procesión de mis sueños.

Y en mi alma vigilante hay una quietud, que revela los secretos de los enamorados y repite el eco de las plegarias de los fieles. Y en torno a mi cabeza un anillo mágico, rasgado por el estertor de los agonizantes y restaurado por el canto de los trovadores.

Soy como tú, oh, noche. ¿Y que pensarán los hombres de mi pretensión, ellos, que se comparan con el fuego cuando quieren enaltecerse?

Soy como tú, y a ambos nos acusan de ser lo que no somos.

Soy como tú, aunque el atardecer no me corone con tus nubes doradas.

Soy como tú, aunque no esté envuelto por la Vía Láctea.

Soy una noche espectral, extensa, quieta, trémula y vibrante, y mi oscuridad no tiene principio y mi profundidad no tiene fin.

Cuando las almas se alzan, ufánándose de la luz de sus alegrías, mi alma se cubre, feliz, con la oscuridad de su melancolía.

Soy como tú, oh, noche. Y mi mañana sólo llegará cuando mi tiempo haya terminado.

EL EXTRANJERO

La Pascua llegó y, mejor que todas las señales, las alegres multitudes lo anunciaban. Solo y melancólico, me aparto de la multitud. Pienso en el hijo del Hombre, que nació y vivió en la indigencia y después murió crucificado. Pienso en aquel Fuego Divino que el Espíritu encendió en una pequeña aldea y que sobrevivió a los siglos y puso su marca en todas las civilizaciones.

En el parque desierto, un hombre, también solo, parecía estar esperándome. Se sentó a mi lado y comenzó a dibujar en la arena figuras misteriosas. Sus vestimentas eran modestas, mas de su presencia emanaba una grandeza inexpresable.

-¿El señor es, tal vez, extranjero? -le pregunté con simpatía.

-Yo soy extranjero en esta ciudad y en todas las ciudades.

-Pero en días festivos, el extranjero olvida la amargura del exilio y se deja consolar por el afecto de los corazones abiertos.

-Yó soy más extranjero aún, en estos días, que en otro cualquiera. -Y dirigió al cielo una mirada soñadora, como si estuviera buscando en el más allá, una patria desconocida.

Lo observé nuevamente y le dije:

-Me parece que el señor necesita ayuda, ¿no aceptaría la mía?

-Sí, necesito ayuda, pero mi necesidad no es de dinero -me respondió.

-¿Y que es lo que usted necesita?

-Necesito un abrigo. Necesito un lugar donde descansar mi cabeza.

-Pero, si acepta mi dinero, podrá alojarse en un hotel.

-Ya fui a todos los hoteles y ninguno me aceptó. Ya golpeé todas las puertas sin hallar un amigo.

-Venga entonces conmigo. Pasará la noche en mi casa.

-Mil veces llamé a tu puerta pero jamás me abriste. Y ahora, si supieras quién soy, no me invitarías.

-Y, ¿quienes el señor?

-Yo soy quien derriba lo que los siglos establecieron. Soy el huracán que arranca las raíces secas.

Soy quien trae al mundo la justicia y la piedad.

Dijo eso y se levantó. Era de gran estatura y su voz, profunda como la noche, evocaba el sonido de la tempestad. Después, su rostro se iluminó. Extendió sus brazos y vi en sus manos rastros de heridas.

Me arrojé a sus pies balbuceando:

-Jesús, el Nazareno.

Y le oí decir:

-El mundo celebra en mi nombre las tradiciones que los siglos tejieron a mi alrededor. Pero yo permanezco extranjero, recorriendo el universo y atravesando los siglos sin encontrar, entre los pueblos, quien comprenda mi verdad. Los zorros tienen sus madrigueras y las aves del cielo tienen nidos, mas el Hijo del Hombre no tiene un lugar donde reclinar su cabeza.

Cuando levanté mis ojos, nada vi sino una columna de incienso. Y oí el eco de una canción llegarme desde la eternidad.

LOS GIGANTES

Quien escribe con tinta no es como el que escribe con sangre del corazón.

Y el silencio que produce el tedio es diferente del silencio que nace del dolor.

Busqué refugio en el silencio porque los oídos de la Humanidad se cerraron al susurro de los débiles y sólo escuchan el tumulto del abismo. Y es más prudente para el débil callar frente a las fuerzas tempestuosas de la vida; aquellas que tienen cañones por voz y bombas por palabras. Vivimos una época cuyos hechos más pequeños son más grandiosos que los más grandes del pasado. Los valores y los problemas que monopolizan corazones y pensamientos están en penumbras. Los antiguos sueños se desvanecen como bruma y son sustituidos por gigantes que caminan como tempestades, se mueven como el mar y respiran como volcanes.

Y, ¿cuál será el destino del mundo, cuando los gigantes finalicen su guerra?

¿Volverá el campesino a sembrar semillas donde la muerte sembró esqueletos?

¿Llevará el pastor su rebaño hacia las praderas donde la sangre regó la tierra?

¿Se inclinará el creyente en templos donde los demonios danzaron? ¿Declamará el poeta sus poemas frente a las estrellas ofuscadas por el fragor de las batallas? y ¿cantará el cantor sus canciones en la quietud perturbada por tantos horrores?

¿Se sentará la madre al lado de la cuna de su niño para arrullarlo sin temores del mañana?

¿Se encontrarán los enamorados a cambiar besos donde los enemigos cambiaron golpes?

¿Volverá la primavera a cubrir con flores las heridas de la tierra?

Y, ¿qué será de nuestra patria? ¿Cuál de los gigantes dominará aquellas colinas y aquellas praderas que nos dieron vida y nos transformaron en hombres y mujeres?

¿Continuará el Oriente siendo disputado por lobos y cerdos, o caminará como la tempestad hasta la guarida del león y el nido de las águilas?

Y, ¿se levantará nuevamente la aurora sobre las cumbres del Líbano?

Siempre que estoy solo le hago preguntas a mi alma. Pero el alma es como el Destino, no habla.

¿Quién de vosotros no se preocupa del futuro del mundo y sus habitantes una vez que los gigantes se hayan saciado de lágrimas de viudas y huérfanos?

Soy de los que creen en la ley de la evolución y el progreso. A mi entender esta ley alcanza tanto a lo material como a lo inmaterial. Lleva de lo bueno a lo mejor, no sola mente a las criaturas físicas sino también a las religiones y a los gobiernos. Sólo hay retrocesos y decadencias aparentes.

La ley de la evolución tiene infinitas ramificaciones pero una sola raíz. Sus manifestaciones son, a veces, duras e injustas y oscuras, provocando la rebeldía de las mentes limitadas y de los corazones frágiles. Pero su esencia es, siempre, justa y luminosa. Se ocupa de derechos superiores a los del

individuo y sus objetivos son superiores a los de la comunidad. Su voz, mezcla de horror y suavidad, contiene el gemir de los flagelados y la angustia de los que sufren.

Alrededor de mí hay muchos enanos que miran, desde lejos, la lucha de los gigantes y oyen sus gritos de júbilo y rabia, mientras croan como ranas diciendo:

-El mundo volvió a sus orígenes. Lo que las generaciones edificaron por la ciencia y por el arte, el hombre lo demolió por egoísmo y ambición. Vivimos nuevamente como trogloditas. Y sólo nos diferencian de ellos nuestras máquinas y las estratagemas que inventamos para destruir.

Los que así hablan, son los que miden la conciencia del mundo con la vara de sus propias conciencias y analizan las aspiraciones de la Humanidad por la necesidad de su supervivencia individual, como si el sol existiera solamente para calentarlos y el mar para sus baños.

De las entrañas de la vida, más allá de la materia, de las profundidades del universo donde los secretos son guardados, surgirán los gigantes como una tempestad, y ascenderán como nubes y chocarán como montañas y lucharán para resolver un problema de la Tierra, que solamente la guerra puede resolver.

Los hombres, sus conocimientos, su amor y su odio, su desesperación y su dolor, son apenas mecanismos que los gigantes emplean con miras a un objetivo superior que debe ser alcanzado.

La sangre derramada se transformará en ríos de élixir y las lágrimas lloradas brotarán como flores y las almas asesinadas se reunirán y aparecerán por detrás del horizonte como una nueva aurora.

Y la primavera retornará. Pero aquél que desea alcanzar la primavera sin pasar por el invierno jamás lo logrará.

EL SER NACIONAL

Una nación, es una comunidad de individuos que se diferencian en su carácter, tendencias y opiniones, pero que están unidos por una red moral, más fuerte que sus divergencias.

Tal vez, la unidad religiosa constituya un hilo de esta red. Con todo, las divergencias religiosas no perjudican a la unidad nacional sino cuando esta unidad estaba previamente debilitada, como en ciertos países orientales.

Tal vez la unidad de lengua sea fundamental para la realización de la unidad nacional. Existen, todavía, muchos pueblos que hablan la misma lengua, pero, divergen continuamente en su política, administración e ideología. Tal vez la unidad de raza sea también esencial. Pero la Historia cita muchos ejemplos de pueblos que, descendiendo de la misma simiente, han luchado unos contra otros, hasta su mutua destrucción.

Los intereses materiales, tal vez sean un elemento de unidad. Pero, ¿en cuántos países los intereses materiales sólo han servido para generar competencia y luchas internas?

¿Cuál es, entonces, el fundamento esencial de la unidad nacional? ¿Cuál es el suelo en que crece el árbol de la nación? Tengo a este respecto, ideas propias, que ciertos pensadores hallan extrañas porque sus orígenes y consecuencias no son palpables.

He aquí lo que pienso:

Cada pueblo tiene una personalidad característica, así como cada individuo la tiene a su vez. Y, aunque la personalidad nacional tome sus componentes de los individuos, así como el árbol forma su sustancia con el agua, la tierra, el calor y la luz, esa personalidad general, es diferente e independiente de las personalidades individuales, y tiene vida y voluntad propias.

Y, así como encuentro difícil determinar la época en que se forma la personalidad de cada individuo, así encuentro de difícil determinar la época en que se forma la personalidad nacional. Pienso, sin embargo, que la personalidad egipcia, por ejemplo, se formó, por lo menos quinientos años antes de la aparición de la Primera Dinastía en las márgenes del Nilo. Esa personalidad produjo las manifestaciones artísticas, religiosas y sociales de la historia egipcia. Y lo que digo de Egipto, se aplica a Asiria, Persia, Grecia, Roma, Arabia y las naciones modernas.

Dije que la personalidad nacional tiene una vida especial. Sí, y tiene también, un tiempo de vida limitado que no puede ser trascendido, exactamente como en el caso de todos los seres vivos. El individuo se desenvuelve pasando por la infancia, por la juventud, por la madurez, por la vejez; y así también se desarrolla la nación: pasando por la aurora velada por el sueño, por el mediodía iluminado por el esplendor del sol, por la tarde marcada por el tedio, con la noche envuelta por el cansancio, por un sueño profundo...

La entidad griega, despertó en el siglo X antes de Cristo y caminó con fuerza y majestad en el siglo V y se había agotado al llegar la era cristiana. Se entregó, entonces, para siempre, al sueño de la eternidad.

La entidad árabe tomó conciencia de sí misma en el siglo III antes del islam. Con el Profeta Mahoma, se levantó como un gigante y caminó como un temporal, derrumbando todos los obstáculos. Y, cuando alcanzó la época de los Abássidas, se sentó en un trono apoyado en muchas bases; desde la india hasta Andalucía. Y, llegó al atardecer cuando la personalidad mongólica esta creciendo y extendiéndose de Oriente a Occidente. ¿Será el sueño de la entidad árabe un sueño liviano y despertará de nuevo para exteriorizar lo que permanecía escondido como lo hizo la entidad Romana, cuando volvió, en el Renacimiento Italiano, y completó en Venecia, Florencia y Milán, lo que había sido interrumpido por los pueblos teutónicos al comienzo de la Edad Media?

Y la más llamativa de las entidades nacionales es la francesa. Vivió dos mil años y aún continúa joven y radiante. Y posee hoy una mente más penetrante y una visión más amplia y un arte y una ciencia más ricas que en cualquier otra época pasada, demostrando que hay entidades nacionales que tienen vida más larga que otras. La entidad egipcia vivió tres mil años. La entidad griega sólo vivió mil años. Las causas de esta desigualdad quizá sean las mismas que determinan la duración de la vida individual.

¿Qué sucede con las entidades nacionales después que desempeñaron su papel en el teatro de la existencia? ¿Se desvanecen frente al paso de los días y las noches?

En mi opinión, las entidades inmateriales se transforman y no desaparecen. Y, como los seres materiales, adquieren nuevas formas, pero su esencia sobrevive para siempre. El alma de las naciones duerme, como duermen las flores: cuando sus semillas caen al suelo su perfume asciende al mundo de la eternidad. Para mí, el perfume, en la flor y en la nación, es su verdad absoluta, su real esencia. Y el perfume de Tebas y Babel y Nínive y Atenas y Bagdad, está hoy en el éter que envuelve la tierra. Y, quizás, esté también en lo más profundo de nuestras almas. Todos nosotros, individuos y naciones, somos los herederos de todas las entidades nacionales que ya existieron sobre la superficie de la tierra.

Esa herencia etérea, no adquiere, sin embargo, formas palpables en los individuos, hasta que no se perfeccione la nación a la que pertenecen esos individuos, y adquiera una vida y una voluntad propias.

LA TEMPESTAD

Primera Parte

Yussef El Fakhri, tenía treinta años cuando abandonó la sociedad yendo a vivir a una solitaria ermita, cercana al Vallé de kadisha, en el norte del Líbano.

Los pobladores de las aldeas vecinas, discutían los motivos de su decisión. Algunos decían que perteneció a una rica y noble familia y que, al ser traicionado por la mujer que amaba, buscó consuelo en la soledad. Otros decían que era un poeta que, harto de la vida bulliciosa de la ciudad, desertó de ella buscando el sitio apropiado para meditar y, entregarse a la inspiración. Muchos otros, afirmaban que era un místico que se contentaba con el mundo espiritual. Otros, decían que, simplemente, era un loco.

Ninguna de esas opiniones me conformaba, pues sé que los secretos de las almas están más allá de nuestras suposiciones y deducciones. Y deseaba encontrarme con aquel hombre y conversar con él. Dos veces traté de acercarme y sólo recibí palabras frías y altivas.

La primera vez que lo encontré, Yussef estaba paseando por los Cedros del Líbano, me acerqué y lo saludé amistosamente, mas él, tan sólo movió la cabeza y se alejó sin hablarme.

La segunda vez, lo encontré parado en medio de un pequeño viñedo vecino a un monasterio, y, nuevamente, me acerqué a él, lo saludé y le dije:

-Dicen los aldeanos que aquél monasterio fue construido por una congregación siria del Siglo XIV, ¿sabe usted algo de su historia?

Y él me respondió, fríamente:

-No sé quién construyó ese monasterio, ni tengo interés en saberlo -y mientras se volvía de espaldas, agregó:- ¿Por qué no preguntas a tus abuelos, que son más viejos que

yo y conocen de estos valles y de su historia, más que yo? -Después se alejó.

Dos años más tarde, el misterio continuaba intacto, pero la curiosidad por conocer la verdad acerca de la vida de ese hombre extraño, se había apoderado de mi mente y de mis sueños.

Segunda Parte

En un día de otoño, vagando por las colinas adyacentes a la ermita de Yussef El Fakhri, fui sorprendido por un fuerte viento, seguido de espesa lluvia. La tempestad me empujaba de un lado hacia otro y me bamboleaba como un barco sin timón en un mar bravío.

Y me dije: "Esta es mi oportunidad para visitar a Yussef, la tempestad será mi justificación para entrar y mis ropas-mojadas, una buena razón para quedarme un tiempo en su ermita". Y dirigí mis pasos hacia la morada de Yussef El Fahri. Me hallaba en una situación angustiada, cuando por fin, alcancé la ermita. Cuando llamé, el hombre que yo estaba tan ansioso por ver, salió a recibirme. Llevaba en sus manos un avecilla herida y temblorosa. Lo saludé, diciendo:

-Por favor, discúlpeme por presentarme en este estado, pero la tempestad me sorprendió lejos de mi casa.

El, me miró con severidad diciéndome:

-Hay muchas grutas por estos lugares en que podrías haberte refugiado -sin embargo, apartándose, me hizo entrar. Yo lo contemplaba, mientras el acariciaba el avecilla, con una ternura tal como jamás había visto en mi vida y quedé sorprendido; la compasión y la aspereza convivían en aquel hombre.

El pesado silencio nos había cubierto. El se hallaba molesto con mi presencia y yo deseaba quedarme. Finalmente Yussef dijo:

-La tormenta ya se ha calmado, por otra parte a ella no le agrada comer carne pasada. ¿Por qué huyes de ella? Con un toque de humor, respondí:

-La tempestad puede no gustar de comidas muy saladas o muy ácidas pero sin duda le agradan las comidas frías y tiernas, y sin duda se sentiría satisfecha de engullirme si me atrapa de nuevo.

El rostro del eremita se puso serio al decir:

-Si la tempestad te engulle, te conferirá un gran honor que no mereces.

-Sí, señor -asentí-, huí de la tempestad paró no recibir un honor inmerecido.

Yussef dio vuelta la cara tratando de ocultar su sonrisa y luego me acercó un banco de madera y me invitó a sentarme y a secar mi ropa en la estufa.

Agradecido, me senté. El se acomodó frente a mí, en un banco de piedra labrada y, humedeciendo sus dedos en un unguento, comenzó a frotar con él, la cabecita del ave y su ala quebrada. Sin levantar los ojos, me dijo:

-El vendaval arrojó a este pobre pájaro contra las rocas, dejándolo medio muerto... Ojalá los temporales quebraran las alas de los hombres y rompieran sus cabezas. Pero los hombres fueron amasados con miedo y cobardía, apenas olfatean la tormenta, se ocultan asustados...

Contesté, con deseo de alentar la conversación:

-Sí, el pájaro y el hombre tienen esencias diferentes. El hombre vive a la sombra de leyes y tradiciones inventadas por él y las aves, según las leyes universales que hacen girar los mundos.

Sus ojos brillaron y sus brazos se abrieron como si hubiera encontrado, en mí, un discípulo de rápida comprensión. Después dijo:

-Muy bien, muy bien. Si crees en lo que dices, abandona a los hombres y vive como las aves, la ley del cielo y de la tierra.

-Claro está que creo en lo que digo -respondí.

Levantó, entonces, su mano y con su tono anterior expresó:

-Creer es una cosa y vivir conforme a las creencias es otra. Muchos hablan con la voz profunda del mar mientras viven como pantanos. Muchos alzan su cabeza por encima de las montañas mientras sus almas permanecen en las tinieblas de sus grutas.

Yussef se levantó y acomodó el pajarito, sobre un paño doblado, junto a la ventana. Arrojó después un montón de ramas secas al fuego diciendo:

-Quítate las botas y sécate los pies, pues la humedad es peligrosa para la salud. Seca bien tus ropas y ponte cómodo. La ya prolongada hospitalidad de Yussef, mantuvo viva mi esperanza de conocer la historia de su exilio voluntario. Me aproximé al fuego y el vapor comenzó a brotar de mis ropas mojadas. Mientras tanto, el eremita, de pie en la puerta, contemplaba el cielo ceniciento.

Busqué ávidamente una forma de extraer de él una respuesta a mi inquietud; finalmente pregunté:

-¿Hace mucho que has venido a este sitio?

-Vine a este lugar -contestó sin mirarme- cuando la tierra era informe y vacía, y las tinieblas floraban sobre la profundidad del abismo, cuando el Espíritu de Dios se reflejaba sobre la superficie de las aguas...

Quedé espantado tras esas palabras. Luchando por reunir mis pensamientos me dije: " ¡Qué hombre extraño! ¡Y qué difícil el camino que lleva, a su realidad! Pero me acercaré con cautela, con astucia y con paciencia, hasta que su reticencia se transforme en comunicación y comprenda su extrañeza.

Tercera Parte

La noche extendió su manto negro sobre aquellos valles. La lluvia se hizo torrencial y el viento aullaba cada vez más fuerte. Parecía que el diluvio bíblico se repetía para extinguir la vida y lavar a la tierra de Dios de la impureza humana.

Y la furia de los elementos pareció serenar el corazón de Yussef y su agresividad desapareció. Se volvió, encendió dos velas y acercó una botella de vino y una bandeja con pan, queso, aceitunas, miel y frutas secas. Se sentó cerca mío y dijo amablemente:

-Son todas mis provisiones. Hazme el favor, hermano mío, de compartirlas conmigo.

Cenamos sin hablar, acompañados por los sonidos del viento y la lluvia.

Después de levantar la mesa, retiró de la estufa una cafetera de bronce y sirvió dos tazas del aromático líquido acercando, luego, una caja de exquisitos cigarros.

Tomé una taza y un cigarro, dudando de lo que estaba viendo. Y él, como si leyera mis pensamientos, sonrió diciendo:

-Te asombra encontrar vino y cigarros y café en esta ermita; tal vez te extraña hallar comida. No te censuro. Muchos imaginan que nuestro alejamiento de la sociedad supone el alejamiento de los placeres naturales y simples de la existencia.

-Así es. Imaginamos a los eremitas sustentándose, apenas, con hierbas y agua.

-No abandoné el mundo para encontrar a Dios -dijo-, pues lo encontraba en la casa de mis padres y en todo sitio. Me aparté de los hombres porque yo era una rueda que giraba hacia la derecha entre ruedas que giraban hacia la izquierda. Dejé la civilización porque me di cuenta de que era un árbol viejo y carcomido, cuyas flores eran la codicia y el engaño y, cuyos frutos son la infelicidad y el desasosiego. Algunos reformadores intentaron transformarla, pero nada consiguieron y acabaron perseguidos y derrotados. -Se inclinó sobre la estufa y, como sabiendo el efecto que sus palabras me causaban, bajó la voz diciendo: -No, no busqué la soledad para orar y dedicarme al ascetismo, pues la oración, que es el canto del alma, alcanza los oídos de Dios aún mezclada con el tumulto de las multitudes. Y el ascetismo, que es la humillación del cuerpo y la inmola ción de sus deseos, es algo que no condice con mi religión. Dios creó los cuerpos para que fueran templos de las almas. Debemos cuidar de esos templos para que sean dignos de la divinidad que mora en ellos. No, hermano mío, no busqué la soledad para orar o castigarme, sino para huir de los hombres, de sus leyes, de sus tradiciones y de su bullicio. Busqué la soledad porque me cansé de los que confunden amabilidad con debilidad, tolerancia con cobardía y altivez con orgullo. Busqué la soledad porque me cansé de luchar con los adinerados que piensan que el sol y la luna y las estrellas se levantan desde sus cofres y se ponen en sus bolsillos. Busqué la soledad porque me cansé de los políticos que arrojan a los ojos del pueblo polvos dorados y a sus oídos falsas promesas. Me cansé de los sacerdotes que aconsejan a otros y no se aconsejan a sí mismos; y exigen a otros lo que no se exigen a sí mismos.

"Busqué las montañas deshabitadas porque en ellas está el despertar de la primavera, y los deseos del verano; las canciones del otoño y la fuerza del invierno. Vine a esta ermita para descubrir los secretos del universo y aproximarme al trono de Dios.

Yussef calló y lanzó un suspiro, como si se hubiera aliviado de una pesada carga. En sus *ojos* brillaban mágicos rayos de una luz extraña y, sobre su rostro reflejos de grandeza, voluntad y determinación.

Pasaron algunos minutos. Yo me hallaba feliz por haber descubierto el secreto que tanto tiempo ocupó mi mente. -Tienes razón en todo lo que me has dicho -le dije- y es correcto tu diagnóstico de los males sociales; pero lo que no me parece correcto es que, como buen médico, te apartes del enfermo antes de curarlo o antes de que muera. Este mundo desesperado requiere tu atención. Y, ¿es justo y caritativo que te alejes negándole tu auxilio?

El me enfrentó pensativo, y respondió:

-Desde el principio del mundo, los médicos han tratado de salvar los hombres de sus males; algunos, usaron bisturíes y otras medicinas; pero todos murieron desesperados sin conseguir nada y la enfermedad se extendió implacablemente. Y estos enfermos malvados matan a sus médicos y, después de cerrarles los ojos, dicen: "Eran realmente grandes médicos." No, mi querido amigo, nadie cambiará a los hombres. El más hábil de los agricultores no obtendría cosecha alguna en el invierno.

-Pero el invierno de la Humanidad pasará -le dije entonces-. Luego vendrá la Primavera, con sus flores y canciones. Y el respondió, con una sonrisa:

-¿Crees que Dios dividió la Eternidad en Estaciones como las estaciones del año? ¿Vendrá, de aquí a un millar de millones de años, una generación de hombres que vivirá por el espíritu y la verdad, y hallará su felicidad en la luz del día y en la quietud de la noche? ¿Vendrá, todo esto alguna vez...? Esos son sueños lejanos. Y esta ermita no es una morada de sueños...

-Respeto tus convicciones y tu soledad -le dije-. Pero también sé que esta infeliz nación perdió, con tu alejamiento, un hombre dotado, capaz de despertarla y guiarla.

-Esta nación es como las demás naciones -dijo él- Todos los hombres son iguales y sólo difieren en cosas sin importancia. Lo que se considera progreso, en Occidente, es apenas otra sombra de la ilusión y, la hipocresía, aunque trate bien a algunos, no deja por eso de ser hipocresía. Y la impostura permanece impostura aun cuando se vista de seda y habite un palacio. Y el fraude y la codicia no cambian su naturaleza aunque aprendan a medir distancias y a pesar elementos. Ni los crímenes se transforman en virtudes caminando en fábricas y rascacielos... La eterna Esclavitud a enseñanzas y costumbres y supersticiones, permanecerá esclavitud, aunque pinte su rostro y disfrace su voz. La Esclavitud permanece Esclavitud aunque se intitule Libertad.

"No, hermano mío, el Occidente no es mejor que el Oriente, ni el Oriente inferior al Occidente y la diferencia que existe entre ellos no es mayor que la que existe entre el tigre y el león. Hay una ley que he hallado tras las apariencias de la sociedad, que reparte miserias, infelicidad, ceguera e ignorancia, sin distinguir entre pueblo y pueblo, entre raza y raza...

-¿Entonces, todo es vanidad? -exclamé-. ¿La civilización y todo lo que hay en ella, nada es, sino vanidad?

-Sí -dijo él con rapidez-, la civilización y todo lo que hay en ella, nada es sino vanidad... Los inventos y los descubrimientos sólo son para diversión y confort del cuerpo. La conquista de la distancia y la victoria sobre los mares sólo son falsos frutos que no satisfacen al alma, ni alimentan el corazón ni elevan el espíritu, pues están lejos de la Naturaleza. Y aquellas teorías y estructuras que los hombres llaman arte y ciencia, no son nada, sino cadenas y grilletes dorados, que arrastran pesadamente alegrándose con sus reflejos brillantes y sus tintineantes sonidos. Todo eso no es sino una jaula cuyos barrotes los hombres comenzaron a forjar hace siglos, inconcientes de que construían la cárcel en que quedarían aprisionados. Sí, fútiles son los hechos de los hombres y vanos sus propósitos.. Todo es vanidad sobre la tierra.-Y agregó luego: -Entre todas las cosas de la vida, sólo hay una, una sola que el espíritu anhela y desea fervientemente. Una sola, deslumbrante, que merece todo nuestro amor y toda nuestra dedicación.

-¿Qué? -le pregunté; y esperé, ansioso, por saber qué era eso, maravilloso y único.

Yussef me contempló un instante, luego cerró los ojos, cruzó sus brazos y con el rostro iluminado y la voz serena y sincera, respondió:

-El despertar espiritual. El despertar en las profundidades del corazón de un poder irresistible y magnífico que desciende, de pronto, sobre la conciencia del hombre y abre sus ojos, y le hace ver la Vida en medio de una lluvia brillante, de una música profunda, rodeada de un círculo de luz dorada y, al hombre de pie, entre el cielo y la tierra como un pilar de belleza. Es una llama que, repentinamente asciende devastadora, dentro del espíritu y quema y purifica el corazón y lo eleva más allá de la tierra y lo hace flotar en el espacio ilimitado.

"Es una fuerza que se aloja en el corazón del hombre y se rebela contra todos los obstáculos.

"Es la mano misteriosa que arrancó los velos de mis ojos cuando vivía en medio de la sociedad, en el seno de mi familia, con mis amigos... Muchas veces, hablando conmigo mismo, me preguntaba: "¿Qué es el Universo, por qué soy diferente de aquellos que me miran, qué son esos rostros, qué representan para mí, por qué vivo con ellos? ¿Soy un extranjero en medio de ellos o son ellos los extranjeros en esta tierra formada por la Vida que me confió sus claves?-Y después de un corto silencio, agregó:-Eso fue lo que me aconteció hace cuatro años, cuando dejé el mundo y busqué esta soledad para vivir despierto y encontrar la paz.

Caminó luego ¿hasta la puerta y, contemplando la oscuridad dijo, como hablando a la tormenta:

-Es el despertar espiritual. Y quien lo siente no puede expresarlo con palabras y quien no lo siente, jamás podrá conocerlo por palabras.

Pasó una larga hora. Yussef El Fakhri, caminaba, con largos pasos por la sala, deteniéndose de a ratos, a contemplar' -los cielos cenicientos. Yo permanecía en silencio, reflexionando sobre la extraña armonía entre alegrías y tristezas que había en su solitaria vida.

Pasó un tiempo más, y luego se acercó a mí diciendo:

-Voy ahora a caminar con la tempestad noche adentro para sentir de cerca la expresión de la Naturaleza. Es una costumbre que me deleita en otoño y en invierno. Allí tienes los cigarros y el vino y, allá la cafetera. Pasa aquí la noche como si fuera tu casa.-Se envolvió en un manto negro y agregó, sonriendo:-Haz el favor de cerrar la puerta mañana, cuando te vayas, para que no entren los intrusos, pues yo pasaré el día entre los Cedros Sagrados.-Y se dirigió a la puerta llevando un largo cayado, diciendo:-Si la tempestad te sorprendiera otra vez, no dudes en refugiarte en esta ermita. Aunque espero que aprendas a amar la tempestad en vez de temerla. Buenas noches, hermano mío.

Abrió la puerta y salió, con la cabeza erguida, hacia la oscuridad. Fui hasta el umbral para ver qué dirección había tomado, pero ya había desaparecido, sólo se oyó, por un momento, el ruido de sus pasos sobre las piedrecillas del valle.

Quinta Parte

Después de una noche pasada en medio de profundos pensamientos, llegó la mañana. Había pasado la tempestad, el cielo estaba claro, y las montañas y las campiñas reflejaban los rayos del sol. Al volver a la ciudad sentí aquel despertar espiritual del que habló Yussef. Sentí estremecer todas las fibras de mi ser por un temblor que era visible y, cuando me calmé, todo era belleza y perfección a mi alrededor. Después de haber estado cerca de algunas personas y haber oído sus voces y observado sus actos, me detuve y me dije:

-Sí, el despertar espiritual es lo esencial, lo fundamental en -la vida del hombre y la única finalidad de su existencia.

Nunca más vi a Yussef El Fakhri, pues, a causa de mis esfuerzos por atender los males de la civilización, la Vida me expulsó del Norte del Líbano durante aquel mismo otoño y tuve que vivir en el exilio de un país lejano, que también tenía sus tempestades... Y llevar una vida de eremita en ese país extranjero es una especie de locura gloriosa, pues su sociedad también está enferma...

LA HECHICERA

¿Hacia dónde me llevas, oh, hechicera?

¿Hasta cuándo te seguiré por este camino escarpado, cubierto de espinas, que serpentea entre las piedras y lleva mis pies a la cumbre y a mi alma conduce al abismo?

Seguiré la orla de tu vestido. Te seguiré como un niño sigue a su madre, olvidado de mis sueños, absorbido por tu belleza, distraído por las sombras que flotan sobre mi cabeza, atraído por la fuerza misteriosa que se esconde en tu cuerpo.

Detente un instante y déjame contemplar. tu rostro. Mírame un momento; quizá descubra en tus ojos los secretos de tu corazón y, en tus facciones, los enigmas de tu alma.

Detente un instante, oh, hada. Estoy cansado de andar y mi alma teme a los peligros del camino. Detente. Ya alcanzamos la encrucijada donde la vida y la muerte se encuentran.

Y no daré un paso más hasta que mi alma no descubra las intenciones de tu alma y mi corazón discierna los secretos de tu corazón.

Oye, ¡oh, hada hechicera!

Yo era hasta ayer, un pájaro libre que se movía entre los arroyos y flotaba en el espacio y, al atardecer se posaba en los árboles y contemplaba los palacios y los templos de la ciudad y las nubes coloridas que el sol construyó en el crepúsculo y destruyó en el ocaso.

Yo era como el pensamiento, que recorre, solo, las tierras de Oriente y Occidente, alegre con las bellezas y las delicias de la vida y sondeando los secretos y misterios de la existencia.

Yo era como un sueño: caminaba en las tinieblas de la noche y entraba por las ventanas en las alcobas de las vírgenes adormecidas y jugaba con sus sentimientos. Después pasaba por los lechos de los jóvenes y excitaba sus deseos. Y me sentaba cerca de los viejos y analizaba sus pensamientos. Hoy, habiéndome encontrado, oh, hechicera, y habiendo absorbido el veneno de tus besos, me he transformado en prisionero que carga sus cadenas sin rumbo conocido. Y me transformé en borracho que clama por el vino que robó su voluntad y besa la mano que le dio bofetadas.

Detente un instante, oh, hechicera, ya recuperaré mis fuerzas y quebré las cadenas que aprisionaban mis pies y derramé la copa en que bebía el veneno que me deleitaba. ¿Qué quieres que hagamos? ¿Qué camino quieres que caminemos?

Reconquisté mi libertad.

¿Me aceptarías como compañero libre, que mira el sol con párpados firmes y toma el fuego con dedos que no temen?

Abrí nuevamente mis alas. ¿Me aceptas, como amigo, que pasa los días entre montañas como el águila y, las noches durmiendo en el desierto como un león?

¿Te satisfarás con el amor de un hombre para quien el amor es un comensal y no un dueño?

¿Aceptarás la pasión de un corazón que desea, mas no se entrega: y que quema, mas no se derrite?

¿Aceptarás un amigo que no esclaviza ni se deja esclavizar? He aquí, entonces, mi mano; tómalala en tus hermosas manos. He aquí mi cuerpo, apriétalo con tus brazos suaves. He aquí mi boca, bésala largamente, profundamente, silenciosamente.

ENTRE NOCHE Y DÍA

Calla, corazón mío. Pues el espacio no escucha tu voz.

Cállate, pues el éter, cargado de lamentaciones y gemidos, no llevará tu canción y la procesión de tinieblas no se detiene frente a tus sueños.

Cállate, corazón mío. Cállate hasta que llegue el día. Pues quien aguarda el día con paciencia, lo hallará. Y quien ama la luz, será amado por la luz.

Calla, corazón mío, y óyeme.

Vi, en sueños, un ruiseñor cantando sobre el cráter de un volcán vomitando lava.

Y vi un lirio alzarse erecto por encima de la nieve. Y vi un hada danzando entre las tumbas.

Y vi un niño jugando con cráneos y riendo.

Vi todas esas imágenes en sueños y, al despertar miré a mi alrededor. Y vi el volcán en actividad, pero no vi al ruiseñor, ni lo oí.

Y vi al cielo derramando nieve sobre los campos y los valles enterrando bajo sus blancas mortajas los cuerpos de los lirios.

Y vi hileras de tumbas con sus lápidas erectas frente al silencio de los siglos; pero, en medio de ellas, nadie danzaba ni rezaba.

Y vi un montículo de cráneos, pero nadie reía allí, tan sólo el viento.

En mi despertar sólo vi tristezas y llantos. ¿Adónde fueron las alegrías del sueño? ¿Y su esplendor y sus imágenes? ¿Y cómo puede soportar el alma hasta que el sueño le devuelva la sombra de sus esperanzas y aspiraciones?

Presta atención, corazón mío, a lo que estoy diciendo. Ayer mi alma era un árbol fuerte y sus raíces penetraban profundamente la tierra y sus ramas alcanzaban el cielo.

Y mi alma floreció en primavera y dio sus frutos en verano. Y, cuando llegó el otoño, recogí los frutos en bandejas de plata y coloqué las bandejas en los caminos públicos y los transeúntes los tomaban, los comían y seguían su camino.

Al finalizar el otoño, miré mis bandejas y sólo vi en ellas un fruto, que dejaban los transeúntes. Lo tomé, lo comí, y lo encontré amargo como la hiel, ácido como uva verde. Y le dije a mi alma:

"¡Ay de mí! Puse maldición en la boca de las personas y odio en sus estómagos. ¿Qué hiciste, alma mía, con la dulzura que tus raíces sorbieron de lo profundo de la tierra y qué, con el perfume que tus ramas bebieron de la luz del sol?"

Después, arranqué el árbol de mi alma, por más fuerte y añoso que fuera.

Lo arranqué, con sus raíces de la tierra donde había brotado y crecido; lo arranqué de su propio pasado y lo despojé del recuerdo de mil primaveras y de mil otoños.

Después, planté el árbol de mi alma en una nueva tierra. Lo planté en un campo distante, apartado de los caminos del tiempo. Y lo cuidé, diciendo: "Las vigilias nos aproximan a las estrellas." Y lo regué con mi sangre y mis lágrimas diciendo: "En la sangre hay sabor y en las lágrimas dulzura." Y, cuando volvió la primavera, mi alma floreció de nuevo. Y en el verano dio sus frutos.

Y cuando llegó el otoño, recogí los frutos maduros en bandejas de oro y coloqué las bandejas en la encrucijada de las calles. Y muchos transeúntes pasaron, pero ninguno extendió su mano para tomar uno.

Tomé, entonces un fruto y lo comí. Y era dulce como la miel y sabroso como elixir y más suave que el vino de Babilonia y más perfumado que aliento de un jazmín. Grité entonces:

"Los hombres no quieren la Bendición en sus bocas, ni la Verdad en sus corazones, porque la Bendición es hija de las lágrimas y la Verdad es hija de la sangre.

Y regresé. Y me senté a la sombra del árbol de mi alma en un campo apartado del camino de los hombres.

Cállate, corazón mío, cállate hasta que llegue el día. Cállate, pues el espacio está repleto del olor de los cadáveres y no absorberá tu aliento.

Oye, corazón mío, mis palabras.

Ayer, mi pensamiento era un velero que oscilaba de uno a otro lado con las olas y se movía a placer de los vientos, de una a otra playa.

Y el velero de mi pensamiento carecía de todo. Tan sólo poseía siete frascos llenos de tintas de siete colores distintos, como el arco iris.

Un día, harto de viajar por los mares, decidí volver, con el velero de mi pensamiento, a la tierra donde nací.

Y comencé a pintar mi velero con color amarillo como el sol y verde como el corazón de la primavera; azul como el techo del cielo y rojo como el horizonte en llamas y dibujé sobre las velas y el timón formas fantásticas que atraían la mirada y encantaban la imaginación. Y, al terminar mi trabajo, mi velero semejaba la visión de un profeta vagando entre dos infinitos: el mar y el cielo. Entré, entonces, en el puerto de mi tierra y, todo el pueblo salió a mi encuentro con alulayas y regocijo y me condujeron a la ciudad, al son de trompetas y tambores.

Hicieron todo esto, porque el exterior de mi velero era colorido y atrayente, pero nadie entró en el interior del velero de mi pensamiento.

Y ninguno prebió qué había traído de otros puertos en mi velero.

Y nadie supo que lo había traído vacío, al puerto. Entonces, me dije a mí mismo: "A todos engañé. Y con siete fraseos de colores, ilusioné sus ojos y su imaginación. Un año después me embarqué, nuevamente, en mi velero. Visité las islas de Oriente y allí recogí mirra, sándalo y ámbar.

Y fui a las islas de Occidente donde recogí polvo de oro; marfil, esmeraldas y todas las demás piedras preciosas.

Y fui a las islas del Norte y en ellas cargué sedas y bordados.

Y a las islas del Sur, de donde traje las espadas y los escudos más perfectos y toda variedad de armas.

Llené el velero de mi pensamiento con todas las cosas valiosas y llamativas de la tierra. Y retorné al puerto de mi patria, pensando: "Ahora mi pueblo me glorificará con razón y me recibirá con regocijo merecido."

Mas, cuando llegué al puerto, nadie salió a mi encuentro. Y recorrí las calles de la ciudad sin que nadie me prestara atención.

Y hablé en las plazas públicas enumerando los tesoros que había traído. Pero la gente me miraba con desprecio o se burlaba de mí, y seguía su camino.

Volví al puerto, triste y perplejo y, cuando vi mi barco, me di cuenta de algo que no había percibido antes y exclamé entonces: "Las olas del mar borraron la pintura del casco de mi velero. El parece ahora un esqueleto. El calor del sol y los vientos y la espuma del mar, borraron los dibujos coloridos de sus velas y ellas parecen, ahora, harapos de color ceniza."

Había reunido los tesoros del mundo y, con ellos en mi barco, volví a mi pueblo; pero él renegó de mí, pues sus ojos sólo vieron las apariencias.

En aquel momento, dejé el velero de mi pensamiento y fui a la ciudad de los muertos y me senté en medio de las tumbas pintadas de blanco, a meditar sobre sus secretos.

Cállate, corazón mío, hasta que llegue el día.

Cállate, pues la tempestad se ríe de tus profundidades y las grutas del valle no repetirán el eco de las vibraciones de tus cuerdas.

Cállate, corazón mío, hasta que llegue el día. Quien espera por el día con paciencia, será abrazado con cariño por la aurora.

He aquí que el día llega, habla, corazón mío, si es que puedes.

He aquí la procesión del día, corazón mío. ¿Habrás dejado el silencio de la noche alguna canción en tus profundidades, para acoger al día?

Las bandadas de palomas y ruiseñores, esbozan, volando de un lugar a otro, los cantos del valle. ¿Habrán dejado los temores de la noche, bastante fuerza en tus alas como para que puedas volar?

Los pastores llevan sus rebaños a los verdes campos. ¿Habrán los fantasmas de la noche, dejado bastante energía en tus piernas como para continuar tu camino?

Muchachos y muchachas caminan despacio rumbo a los viñedos. ¿Por qué no te levantas y caminas con ellos? Levántate, corazón mío. Levántate y camina con el día, pues la noche ya se fue y con ella los temores.

Levántate, corazón mío, y eleva en tu voz una canción. Quien no participa de las canciones del día se incluye entre los hijos de la noche.

EL SEPULTURERO

En el terrible silencio de la noche, luego que las estrellas y la Luna desaparecieron tras el inmenso velo de oscuras nubes, caminé, solo y atemorizado, por el Valle de las sombras de la Muerte.

Al llegar la medianoche cuando los espectros comenzaron a salir de sus escondrijos, oí pasos pesados que se aproximaban a mí. Volví la cabeza y vi un fantasma gigantesco que me contemplaba.

-¿Qué quieres de mí? -grité asustado.

La sombra clavó en mí sus ojos, incandescentes como antorchas; y respondió enigmáticamente: -No quiero nada y quiero todo.

-Déjame en paz y prosigue tu camino -exclamé.

-Mi camino es tu camino -respondió sonriendo-. Ando mientras andas y me detengo cuando te detienes.

-Vine aquí en busca de soledad, no la perturbes -dije.

-Yo soy la soledad. ¿Por qué me temes? -me contestó.

-No te temo -respondí.

-¿Por qué, entonces, tiembles comoavecilla con frío? -dijo.

-El viento agita mis ropas. No tengo miedo -respondí.

Soltó una carcajada estruendosa como un vendaval.

-Tu miedo es doble -dijo-, pues me temes y temes tener miedo. Y tratas de esconder tu miedo tras un velo más frágil que una telaraña. Me diviertes y me irritas al mismo tiempo.

Dicho esto, se sentó en una piedra. Me senté yo también, de mal grado, y contemplé sus trazos altivos. Después de unos instantes, que parecieron mil años, me miró con ironía y me preguntó:

-¿Cuál es tu nombre?

-Mi nombre es Abdala, que quiere decir Siervo de Dios.

-¿Cuántos se dicen siervos de Dios! -exclamó, riendo Y sólo sirven de pesares para Dios. ¿Por qué no te llamas "señor de diablos" y agregas un mal a las desgracias de los demonios?

-Mi nombre es Abdala. Me gusta y me fue dado por mi padre cuando nací. No lo cambiaré por ningún otro.

-La infelicidad de los hijos está en lo que reciben de sus padres -dijo-. Quien no renuncia al legado de sus padres y abuelos, será esclavo de los muertos hasta que se vuelva a su vez un muerto.

Incliné la cabeza y medité. Y me pareció haber tenido sueños en que oí palabras similares.

-¿Cuál es tu profesión? -volvió a interrogarme.

-Soy poeta y escritor -respondí-. Tengo opiniones sobre la vida y las comunico a los hombres.

- ¡Qué profesión obsoleta y superada! -dijo-. Ni beneficia ni perjudica a los hombres.

-¿Y cómo emplearé mis días y mis noches en beneficiar a los hombres? -pregunté.

-Hazte sepulturero -respondió-, para librar a los vivos de los cadáveres que se amontonan alrededor de sus casas y templos y tribunales.

-No he visto cadáveres abandonados en esos sitios -observé.

-Tú miras con ojos velados por la ilusión -contestó-. Al ver a los hombres agitarse en la tempestad, piensas que viven, cuando en realidad están muertos desde el mismo día en que nacieron. Mas no hubo quien los enterrara y quedaron sobre la tierra exhalando pudrición.

El miedo comenzaba a abandonarme.

-¿Y cómo distinguiré los vivos de los muertos si todos se agitan en la tempestad? -pregunté.

-El muerto se agita en la tempestad, mas el vivo camina con ella y sólo se detiene cuando ella se detiene -respondió. Se reclinó sobre su brazo y vi sus músculos poderosos, retorcidos como las raíces de un roble. Después me preguntó:

-¿Eres casado?

-Sí, respondí, y mi mujer es muy hermosa y yo estoy muy enamorado de ella.

-¿Cuántos crímenes y maldades has cometido...! -obje tó-. El casamiento es la sumisión del hombre a la fuerza del hábito. Si quieres ser libre, divórciate y vive sin lazos.

-Es que tengo tres hijos -respondí-, y el más pequeño apenas si pronuncia una palabra. ¿Qué haré con ellos?

-Enséñales a cavar tumbas y déjalos en paz consigo mismos -respondió.

-No soporto vivir solo -dijo entonces-. Estoy habituado a gozar de la vida con mi mujer y con mis hijos. Si los abandonara la felicidad me abandonaría.

-El hombre que vive con su mujer y sus hijos -dijo- habita una negra infelicidad pintada de blanco. Si crees indispensable casarte, cástate con un hada.

-Las hadas no existen -respondí, sorprendido-. ¿Por qué me engañas?

-¿Cómo eres de tonto! -dijo-. Sólo las hadas existen realmente. Y fuera del mundo de las hadas es donde existen las dudas y el equívoco.

-¿Y las hadas, son hermosas? -pregunté.

-Su belleza no se esfuma y su gracia es eterna -respondió.

-Muéstrame una de ellas para que pueda creerte -le dije.

-Si pudieras ver y tocar a las hadas -respondió-, no te aconsejaría que te casaras con una de ellas.

-¿Y qué utilidad tendría, para un hombre, una esposa que no puede ver ni tocar?

-La utilidad no sería para un hombre sino para todos -respondió-. Pues con tal casamiento desaparecerían, poco a poco las criaturas que se agitan en la tempestad y no andan con ella.

Y después de un momento me preguntó,

-¿Y cuál es tu religión?

-Creo en Dios y honro a sus profetas -respondí-. Amo a la virtud y anhelo la vida eterna.

-Esas son fórmulas que las generaciones pasadas vienen repitiendo desde siempre -dijo- y la imitación depositó en tus labios. En realidad, tú sólo crees en ti mismo y sólo te honras a ti mismo y sólo anhelas tu propia inmortalidad. Desde el principio, el hombre adora su propio ego poniéndole diversos nombres, de acuerdo a sus inclinaciones y aspiraciones, llamándole Baal, Júpiter o Dios.-Y rompió a reír con sorna, diciendo:-Lo más extraño, es que sólo adoran sus egos, aquellos cuyos egos son cadáveres descompuestos.

Medité un minuto sobre estas terribles palabras, más extrañas que la vida, más terribles que la muerte y más profundas que la verdad. Y sentí el deseo incontrolable de descubrir el secreto de este ser extraordinario. Y lo interrogué:

-Si crees en Dios, te conjuro en su nombre. Dime, ¿quién eres tú? ¿Tienes una religión o un Dios?

-Mi nombre es el Dios Loco -me respondió entonces-. Nací en todo tiempo y en todo lugar. Yo soy mi propio dios. Y no soy sabio, pues la sabiduría es la debilidad de los débiles. Yo soy fuerte y la Tierra se sacude a mi paso y, cuando me detengo, la procesión de las estrellas se detiene conmigo. Me burlo de los hombres... y acompaño a los genios de la noche. De ellos y de las hadas aprendí los secretos de la existencia y la no existencia. Soy un loco.

-Y, ¿qué haces en estos montes escarpados? -pregunté.

-Maldigo al sol por la mañana y a la Humanidad al mediodía. Por la tarde me burlo de la Naturaleza y, al llegar la noche, me arrodillo delante de mí mismo y me adoro. Me alimento de cuerpos humanos y bebo su sangre para saciar mi sed y, con sus últimos suspiros perfume mi aliento. Como el tiempo y el mar, jamás duermo ni descanso. Y tú, no te engañes, tú eres mi hermano y vives como yo vivo. ¡Vuelve de nuevo a tu tierra y continúa adorándote a ti mismo entre los muertos en vida!

Se levantó, cruzó sus brazos y, mirándome a los ojos, agregó:

-¡Hasta la vista! Ya me voy hacia donde se reúnen colosos y gigantes -y se perdió entre las tinieblas.

Yo, tambaleante, me desplomé, como narcotizado. Dudaba de lo que habían escuchado mis oídos y de lo que habían visto mis ojos. Había sufrido con sus verdades. Me levanté y vagué el resto de la noche perdido en melancólicas meditaciones.

Al día siguiente me separé de mi mujer y me casé con un hada. Después, entregué, a cada uno de mis hijos, una pala y les dije:

-Partan. Y cada vez que vean un muerto, entiérrenlo. Y busqué una pala para mí mismo y me dije:

-Cava, profundamente, ahora y siempre, cada tumba de cada muerto en vida que encuentres en tu camino.

Y, desde aquel día, he estado sepultando cadáveres, pero son muy numerosos los muertos en vida, y no tengo ayuda y ésto muy solo...

VIERNES SANTO

Hoy, y en cada Viernes Santo, el hombre despierta de su profundo sueño y se pone de pie ante la sombra de las edades, y, con los ojos llenos de lágrimas mira hacia el Gólgota con templando a Jesús el Nazareno clavado en su cruz... Pero cuando el sol se pone y anochece, vuelve a ponerse de rodillas para adorar a sus ídolos cotidianos, levantados en todos los rincones de su vida.

Hoy, las almas de los cristianos 'en alas del recuerdo, vuelan hasta Jerusalén. Allí, se aglomeran en multitudes golpeándose el pecho, para contemplar al Crucificado con su corona de espinas, extendiendo los brazos hacia el infinito y penetrando el velo de la Muerte para alcanzar la profundidad de la Vida...

Pero, cuando el telón de la noche desciende sobre el escenario del día, dando por finalizado el breve drama, los cristianos vuelven y, en grupos, se pierden entre las sombras del olvido, hundiéndose en la ignorancia y la indolencia.

En este mismo día de cada año, los filósofos dejan sus grutas tenebrosas, los pensadores abandonan sus frías celdas y los poetas se alejan de sus torres de marfil y todos, en el Monte del Calvario, escuchan reverentemente las palabras de aquel hombre, joven aún, diciendo: "Perdónalos Padre, pues no saben lo que hacen."

Mas, apenas las tinieblas del silencio apagan las voces de la luz, los filósofos, los pensadores y los poetas regresan a la estrechez de sus preocupaciones y se sumergen en las páginas de su vana literatura.

Las mujeres que pierden el tiempo con los esplendores de la vida, abandonan el confort de sus mullidos cojines para ver a la mujer, triste y angustiada que se acerca a la cruz y allí se queda como una pequeña plantita desamparada frente a la tempestad devastadora y, cuando se aproximan a ella, escuchan su profundo lamento, su penoso llanto...

Los jóvenes, que se dejan llevar por la corriente de la vida sin saber adonde van, se detienen hoy, por un instante, para contemplar a Magdalena lavar con sus lágrimas la sangre que mancha los pies del hombre erguido entre el cielo y la tierra. Pero, cuando se cansan del espectáculo, desvían los ojos y retornan a la corriente entre carcajadas, para ser arrastrados nuevamente.

En este mismo día, cada año, la Humanidad se despierta con el despertar de la primavera y se echa a llorar frente al Nazareno sufriente, mas luego, cierra los ojos y retorna a su profundo sueño. Pero la primavera permanecerá despierta, sonriente y festiva hasta que llegue el verano, con sus dorados ropajes.

La Humanidad es una plañidera que se deleita en lamentarse por los héroes muertos. Si fuera hombre, se regocij4ría por sus grandezas y por sus glorias.

La Humanidad ve a Jesús naciendo y viviendo como un pobre, humillado como un débil, y tiene piedad de El, pues fue crucificado como un criminal... Todo lo que la Humanidad tiene para ofrecerle son lágrimas y lamentos. Durante siglos la Humanidad viene adorando la debilidad en la persona del Señor. Los hombres no comprenden el verdadero sentido de la fuerza.

Jesús, no vivió una vida de miedo ni murió sufriendo y quejándose. El vivió como un rebelde, fue crucificado como un revolucionario y murió con un heroísmo que atemorizó a sus torturadores.

Jesús, no fue un ave con alas rotas, sino una tempestad que rompe con su fuerza todas las alas torcidas.

Jesús no vino del más allá para hacer del dolor un símbolo de la vida, sino para hacer de la vida el símbolo de la verdad y la libertad.

Jesús, no tuvo miedo de sus perseguidores ni sufrió frente a sus asesinos. El, era libre, valiente y osado. Desafiaba a tiranos y déspotas y opresores. Y cuando veía pústulas infectadas, las punzaba. Y acallaba la voz del Mal, destruía la Falsedad y ahogaba la Traición.

Jesús no vino desde el círculo de la luz para destruir hogares y construir sobre sus ruinas conventos y monasterios. El, vino a esta tierra para insuflar un espíritu nuevo, que destruye con su poder, las monarquías construidas sobre huesos y calaveras humanas. El vino para demoler los palacios majestuosos contruidos sobre las tumbas de los débiles y derrumbar los ídolos asentados sobre los cuerpos de los miserables.

El vino para hacer del corazón un templo, del alma un altar y del espíritu un sacerdote.

Esa era la misión de Jesús y esas las enseñanzas por cuya causa fue crucificado. Y si la Humanidad fuera sensata, ella se alzaría hoy, y cantaría, vigorosa, el canto del triunfo y la victoria.

Oh, Jesús crucificado, que contemplas, triste desde el Gólgota, la procesión de los siglos y oyes el clamor de las naciones y comprendes los sueños de la Eternidad. ¡Tú eres, en la cruz, más glorioso y digno que mil reyes en mil tronos de mil imperios!

¡Tú eres, en la agonía de lá muerte, más poderoso que mil generaciones en mil guerras!

Y en tu tristeza, más alegre que la primavera con sus flores...

Y en tus dolores, más sereno que los ángeles del cielo.
Y cautivo, en manos de tus verdugos, eres más libre que la luz del sol y más firme que una montaña.
Y tu corona de espinas, es más esplendorosa y brillante que la corona de Brahma...
Y el clavo que atraviesa tu mano, es más imponente que el cetro de Júpiter.
Y las gotas de sangre que se deslizan en tus pies, más resplandecientes que el collar de Venus.
Perdona la debilidad de los que Te lamentan hoy, pues ellos no saben lamentarse por sí mismos...
Perdónalos, pues no saben que conquistaste a la muerte con la muerte y diste vida a la muerte...
Perdónalos, pues no saben ellos que todo día es tu día...

EL POETA DE BAALBECK

1. *En la ciudad de Baalbeck, Año 112 a.C.*

El Emir estaba sentado en su trono de oro, rodeado de lámparas brillantes y turíferos ricamente trabajados. El incienso perfumaba todo el palacio. A la derecha del Emir se sentaban los altos dignatarios civiles, a la izquierda, los sacerdotes, y, de pie, inmóviles, estaban los guardias y los esclavos, semejando estatuas de bronce.

Después que los cantores entonaron sus himnos, un anciano Visir se prosternó frente al soberano y, con voz trémula a causa de la edad dijo:

-Oh, grande y generoso Príncipe, ayer llegó a nuestra ciudad un sabio proveniente de la India. Predica doctrinas extrañas de las que amamos hablar, como la de la transmigración de las almas. Dice, él, que las almas encarnan, generación tras generación, en cuerpos diferentes hasta alcanzar la perfección y elevarse hasta el nivel de los dioses. Y pide ser presentado ante ti, para exponer sus ideas.

El Emir meneó la cabeza y sonriendo dijo:

-De la India nos llegan muchas cosas extrañas y maravillosas. Invita a ese sabio para que podamos oír sus palabras de sabiduría.

Apenas pronunciadas estas palabras, un hombre de cierta edad, moreno, imponente, de grandes ojos y facciones serenas, entró en el recinto con paso digno y se detuvo frente al Emir.

Después de inclinarse y pedir permiso para hablar, levantó la cabeza y comenzó a exponer su doctrina. Sostuvo que las almas pasan de un cuerpo a otro evolucionando por la experiencia obtenida en cada existencia, impulsadas por la búsqueda de un esplendor que las estimula y las hace crecer en amor.

Luego, se demoró explicando la forma en que las almas encarnan en uno y otro cuerpo y cómo expían en cada vida, los errores y crímenes cometidos en la anterior, como si cosecharan en un país lo que sembraron en otro.

Observando que la conferencia se prolongaba más de lo esperado y que el rostro del Emir mostraba señales de cansancio, el viejo Visir sugirió al sabio hindú que dejase su exposición para continuarla en otra oportunidad.

Entonces, el visitante abandonó su discurso y tomó asiento entre los dignatarios civiles, cerrando ligeramente los ojos, como cansado de contemplar los abismos de la vida.

Después de un profundo silencio, semejante al éxtasis de un profeta, el Emir, miró a derecha e izquierda como buscando a alguien, y luego preguntó:

-¿Dónde se encuentra nuestro poeta? Hace muchos días que no lo vemos. ¿Qué le ha ocurrido que no concurre a nuestras reuniones?

-Yo lo vi hace una semana sentado en el pórtico del templo de Ishtar -respondió un sacerdote-, mirando con ojos tristes hacia el infinito, más allá del crepúsculo, como si contemplase uno de sus poemas flotando sobre las nubes.

Y un gran dignatario agregó:

-Y yo lo vi ayer parado a la sombra de los álamos y los cipreses. Lo saludé, mas no me prestó atención y permaneció como sumergido en el mar profundo de sus pensamientos y meditaciones.

Y el Gran Eunuco completó:

-Y yo lo vi, hoy, en el jardín del palacio, con el rostro pálido y abatido, suspirando profundamente y con los ojos llenos de lágrimas.

-Buscad inmediatamente a quien tanto nos preocupa con su ausencia -ordenó entonces el Emir.

Obedeciendo la orden, guardias y esclavos, salieron del recinto en busca del poeta. Mientras tanto, el Emir y sus dignatarios, que permanecían reunidos aguardando su retorno, parecían sentir, en sus espíritus, la presencia invisible del poeta.

Poco después regresó el Gran Eunuco quien cayó totalmente extendido a los pies del Emir cual pájaro herido por la flecha de un cazador. El Emir, al verlo, exclamó:

-¿Qué ha ocurrido? ¿Qué tienes que decir?

El Gran Eunuco levantó entonces, la cabeza y, con voz triste y temblorosa dijo:

-Hemos encontrado al poeta, muerto, en el jardín del palacio.

Oyendo esto, el Emir se levantó apesadumbrado y avanzó, apresurado, en dirección al jardín. Todos los dignatarios lo seguían.

Al final del parque, bajo los almendros, la luz amarillenta de las antorchas mostraba a los ojos de los presentes, un cuerpo inanimado, extendido sobre la gramilla como una rosa marchita.

-Mirad como está, abrazado a su lira -dijo un cortesano-. ¡Parecen dos amantes que juraron morir juntos!

-Aún tiene los ojos abiertos -agregó otro- como los tuvo en vida, clavados en el corazón del espacio, contemplando los invisibles movimientos de un dios desconocido en medio de los lejanos planetas.

Finalmente, el Sumo Sacerdote se dirigió al Emir:

-Lo sepultaremos mañana con las honras de un gran poeta, a la sombra del templo de Ishtar. Convocaremos a todo el pueblo para la procesión fúnebre; los jóvenes cantarán sus poemas y las vírgenes derramarán flores sobre su tumba.

El Emir, sin quitar los ojos del rostro del poeta, ya pálido por el frío de la muerte, moviendo la cabeza con pesar dijo:

-Nosotros, menospreciamos esta alma pura mientras vivía e inundaba el universo con los frutos de su inspiración y esparcía en el aire la fragancia magnífica de su espíritu. Si no le rendimos homenaje ahora, seremos escarnecidos y ridiculizados por los dioses y por las ninfas de valles y praderas.

"Lo enterraremos en este mismo sitio donde exhaló su último suspiro, con la lira amada entre sus brazos. Y, si alguno entre vosotros quiere rendirle homenaje, que al regresar a su casa, cuente a sus hijos, que el Emir fue la causa de la muerte del poeta, pues no le prestó debida asistencia, dejándolo morir solo y abandonado.-Después, mirando alrededor de sí, preguntó:-¿Dónde está el sabio llegado de la India?

Y el sabio se adelantó, diciendo:

-¡Heme aquí, oh, Gran Príncipe!

-Dime, oh, sabio -preguntó el Emir-, ¿acaso los dioses me harán volver a este mundo como Príncipe y traerán también al poeta muerto, como poeta? ¿Mi espíritu, reencarnará en el cuerpo del hijo de un gran rey y, el alma del poeta será conducida hacia el cuerpo de otro genio? ¿La ley sagrada, lo retornará para que, frente a la eternidad, componga nuevamente sus versos honrando a la vida? ¿Retornará, él, para que yo pueda cubrirlo de honores y rendirle los tributos que él merece y alegrar su corazón y su vida?

Y el sabio respondió:

-Todo lo que las almas anhelan, las almas lo alcanzarán, pues la ley que nos devuelve el esplendor de la primavera después del invierno, también te devolverá Príncipe glorioso y lo devolverá gran poeta.

Se animó, entonces, el rostro del Emir y su alma se vivificó. Y se encaminó hacia el palacio, recordando y meditando las palabras del sabio hindú: "Todo lo que las almas anhelan, las almas lo alcanzarán."

2. *En la ciudad de El Caíro, Año 1912 d.C.*

Se alzó la luna llena derramando sus reflejos de plata sobre la ciudad. El Príncipe contemplaba, desde el balcón de su palacio, el límpido cielo. Meditaba acerca de los siglos que habían pasado sobre aquellas márgenes del Nilo, interpretaba los hechos de reyes y conquistadores o imaginaba la procesión de pueblos desde las pirámides hasta el palacio de Abedine.

Como el círculo de sus pensamientos se había ampliado tanto que ya tocaba el círculo de sus propios sueños, miró hacia el compañero que tenía a su lado y le dijo:

-Mi alma tiene sed, recítame un poema.

Y el compañero comenzó a declamar los versos de un poema pre-islámico. Pero, antes que avanzara mucho en el recitado, el Príncipe lo interrumpió:

-Declama algo más reciente, más moderno...

Su compañero comenzó, entonces, a declamar los versos de un poeta Hadramout. Pero, nuevamente lo interrumpió el Príncipe:

-Deseo algo más reciente, mucho más reciente.

El recitante levantó la cabeza y puso su mano en ella, como tratando de ayudarse a recordar poemas de autores contemporáneos. Repentinamente, su rostro se iluminó, y sus ojos se tornaron más vivos y se puso a entonar unos versos románticos, con un ritmo doliente lleno de encanto. El Príncipe, como si manos invisibles lo hubieran elevado hacia el cielo preguntó:

-¿De quién son esos versos?

-Del poeta de Baalbeck -dijo el poeta.

-Del poeta de Baalbeck -repitió el Príncipe; y el nombre vibró en sus oídos y llegó a su alma, despertando en ella a los fantasmas de antiguos recuerdos, dibujando frente a los ojos de su corazón, en la niebla del tiempo, el cuadro de un joven muerto, abrazado a su lira y rodeado de altos dignatarios de una corte.

Y como los sueños que son disipados por la luz del despertar, así huyó de los ojos del Príncipe la visión que contemplaba. Se puso de pie junto con el recitador y, mientras caminaban, repetía para sí las palabras de Mahoma: "Estabas muerto y El te resucitó. Y El te retornará a la muerte nuevamente y nuevamente a la vida. Sólo entonces retornarás a El." Se volvió hacia su compañero y le dijo:

-Tenemos suerte de tener al poeta de Baalbeck en nuestro país. Y es nuestro mayor deber darle nuestro homenaje y prestarle nuestra ayuda.

Y luego de unos instantes, presididos por el respeto y el silencio, el Príncipe agregó:

-El poeta es un ave de extraño comportamiento. Desciende desde su cielo para cantar entre nosotros y, si no lo honramos, él extenderá sus alas y alzará vuelo hacia su patria.

Y, cuando terminó la noche y el firmamento se quitó su vestido adornado con estrellas para ponerse otro, tejido con los rayos de luz de la aurora, el alma del Príncipe flotaba embelesada por los misterios de la vida.

EL CONFLICTO

Raquel despertó a medianoche, abrió sus ojos y los fijó en el techo de su cuarto por unos instantes. Oía una voz más suave que los murmullos de la vida y más lúgubre que la invitación del Abismo, más tierna que el susurro de un par de alas... Ella vibró esperanzada, con alegría y tristeza, con amor a la vida y con deseos de morir. Raquel cerró sus ojos, suspiró profundamente y dijo con voz entrecortada:

-La madrugada alcanzó los confines del valle, debemos ir en dirección al sol para encontrarlo.

El sacerdote se aproximó a su lecho y tomó su mano; la halló fría como la nieve. Y, cuando aturdido, buscó su corazón, lo encontró inmóvil y silencioso. El sacerdote inclinó la cabeza desesperado. Sus labios temblaron, como queriendo pronunciar una palabra divina que sería repetida por las sombras de la noche en aquellos valles solitarios y agrestes.

Después de cruzarle los brazos sobre el pecho, el Padre miró hacia un hombre sentado en el rincón más oscuro del cuarto y, con voz bondadosa y tierna le dijo:

-Su amada ha penetrado en el gran círculo de luz. Ven, hermano mío, arrodillémonos y oremos.

El pobre esposo levantó la cabeza, sus ojos se abrieron como contemplando lo invisible y su semblante se transformó como si hubiera hallado comprensión en el fantasma de un Dios desconocido. Reunió sus últimas fuerzas, se dirigió, reverente, hacia el lecho de su esposa y se arrodilló al lado del sacerdote, que oraba y lloraba haciéndose la señal de la cruz.

Pasado un tiempo, el sacerdote colocó la mano sobre el hombro del marido herido por el dolor y le dijo, suavemente: "Ve, hermano mío, a recostarte en el cuarto contigo, pues necesitas descansar.

Y el esposo se levantó, obediente, y se encaminó al otro cuarto, extendió su cuerpo cansado en una cama estrecha y, en pocos minutos, navegaba en el mar del sueño como una criatura que busca refugio en los brazos de la madre amorosa.

El sacerdote permaneció de pie, como una estatua, en medio del cuarto. Un extraño conflicto se había apoderado de su alma. Miraba con ojos llenos de lágrimas, ora hacia el cuerpo helado de la mujer, ora, a través de la cortina entreabierta, hacia el esposo, entregado a la seducción del sueño. Una hora más larga que la eternidad había transcurrido, y el sacerdote continuaba de pie, entre las dos almas separadas. Una, soñaba como los campos sueñan con la primavera después de la tragedia del invierno, la otra, descansaba eternamente. Entonces, se acercó al lecho de la muerta y se arrodilló, como en adoración frente a un altar. Tomó su mano fría, la llevó hasta sus labios temblorosos y miró largamente el rostro cubierto por la palidez de la muerte. Y, con voz tranquila como la noche, profunda como el mar y trémula como las esperanzas de los hombres, dijo:

-Raquel, Raquel, hermana de mi alma, ¡óyeme! ¡Ahora, por fin, puedo hablar! La Muerte abrió mis labios y puedo revelarte mi secreto. El dolor desató mi lengua y puedo, ahora, contarte mi sufrimiento. ¡Oye el grito de mi alma, oh, puro espíritu, que aleteas entre la tierra y el infinito! Oye al oven que, cuando volvías de los campos, se escondía entre los árboles por miedo a la belleza de tu rostro. Oye al sacerdote dedicado a Dios, él te llama ahora, sin recelo, pues ya partiste hacia la Ciudad del Señor.

Y, habiendo abierto, así, su corazón, el sacerdote se inclinó y le dió tres largos besos sobre la frente, los ojos y el cuello, desbordante de amor y dolor, expresando su secreto amor y toda la angustia de muchos años. Después, buscó un oscuro rincón y se desplomó en el suelo, en tremenda agonía, como las hojas que en otoño se desprenden de los árboles; como si el frío rostro de la muerta hubiera despertado, dentro suyo, el arrepentimiento. Enseguida se compuso. Se arrodilló y murmuró suavemente, con el rostro escondido entre las manos:

-¡Dios, perdona mi pecado, perdona mi flaqueza, oh, Señor! Yo no podía ocultar, por más tiempo, aquello que ya sabías. Por siete años guardé, escondidos en mi corazón los más íntimos secretos, hasta que el velo de la Muerte los reveló. Ayúdame, oh, Dios, a apagar ese recuerdo y perdona mi debilidad.

Sin mirar el cadáver, él continuó llorando y lamentándose, hasta que llegó la aurora y lanzó su rosado velo sobre esas escenas terrestres, revelando el conflicto entre la Religión y el Amor, entre la Vida y la Muerte.

EL POETA

Soy ajeno a este mundo, y hay en mi exilio una severa soledad y una dolorosa tristeza.

Estoy solo, pero en mi soledad contemplo un país desconocido y encantador, y esta visión llena mis sueños de espectros de una tierra grande y lejana que mis ojos nunca han visto.

Soy un extraño entre mi gente y no tengo amigos. Cuando veo una persona me digo a mí mismo, "¿Quién es él, y de qué manera lo conozco, y por qué está aquí, y qué ley me -ha unido a él?"

Soy un extraño a mí mismo, y cuando oigo hablar en mi propia lengua, mis oídos se asombran de mi voz; veo a mi ser interior sonriendo, llorando, desafiando y temiendo; y mi existencia se pregunta sobre mi sustancia mientras mi alma interroga a mi corazón; pero yo permanezco ajeno, sumergido en un silencio tremendo.

Mis pensamientos son extraños a mi cuerpo, y al colocarme delante del espejo, veo algo en mi rostro que mi alma no ve, y encuentro en mis ojos lo que mi ser interior no encuentra.

Cuando camino con los ojos vacíos por las calles de la clamorosa ciudad, los niños me siguen, gritando: "Aquí hay un ciego. Démosle un bastón para que encuentre su camino." Cuando huyo de ellos, me encuentro con un grupo de doncellas que aferran los bordes de mis ropas diciendo: "Es sordo como una tapia; llenemos sus oídos con la música del amor. Y cuando me escapo de ellas, una multitud de viejos me señala con dedos temblorosos diciendo: "Es un demente que enloqueció en el mundo de los genios y los espíritus."

Soy un extraño en este mundo; recorrí el Universo de punta a punta, pero no pude encontrar un lugar donde aposentar mi cabeza; ni conocí a ningún humano con el que pudiera confrontarme, ni a un individuo que pudiera escuchar mis pensamientos.

Cuando abro mis insomnes ojos al amanecer, me encuentro aprisionado en una oscura cueva de cuyo techo cuelgan insectos y por cuyo suelo se arrastran las víboras.

Cuando salgo a encontrar la luz, la sombra de mi cuerpo me sigue, pero la sombra de mi espíritu me precede y me guía hacia un lugar desconocido buscando cosas más allá de mi entendimiento, y asiendo objetos que no tienen sentido para mí. Cuando la marea se nivela, regreso y me acuesto sobre mi lecho, hecho de suaves plumas, y rodeado de espinas, y contemplo y siento los molestos y alegres deseos, y percibo con mis sentidos dolorosas y gozosas esperanzas.

A medianoche los fantasmas de los siglos pasados y los espíritus de la olvidada civilización entran por las grietas de la cueva a visitarme. Los contemplo y ellos me miran fijamente; les hablo y me contestan sonrientes. Luego trato de asirlos, pero se escurren entre mis dedos y desaparecen como la bruma que flota sobre el hago.

Soy un extraño en este mundo, y no hay nadie en el Universo que entienda mi lenguaje.

Fantasmas de recuerdos fantásticos cobran forma súbitamente en mi mente, y mis ojos producen raras imágenes y tristes pesadillas. Camino por las desiertas praderas, observando los arroyos correr rápidamente, hacia arriba y arriba, desde las profundidades del valle hasta la cima de la montaña; observo a los árboles desnudos florecer y dar frutos; y derramar sus hojas en un instante, y luego veo las ramas caer y convertirse en manchadas serpientes. Veo a los pájaros revoloteando en lo alto, cantando y lamentándose; luego se detienen y abren sus alas y se vuelven desnudas doncellas de larga cabellera, que me miran detrás de ojos pintarrajeados y lánguidos, y me sonríen con melosos labios sensuales, y alargan sus perfumadas manos hacia mí. Luego ascienden y desaparecen de mi vista como fantasmas, dejando tras de sí el resonante eco de su sarcástica y burlona risa.

Soy un extraño en este mundo... Soy un poeta que compone lo que la vida escribe en prosa, y que escribe en prosa lo que la vida compone.

Por esta razón soy un extraño, y permaneceré un extraño hasta que las blancas y amistosas alas de la Muerte me lleven a mi hogar en mi hermoso país. Allí, donde reinan la luz y la paz y el entendimiento, esperaré a los otros extraños que serán rescatados por la amistosa trampa del tiempo de este mundo estrecho y oscuro.

LA LIBRETA DEL DIABLO

1

Selman Effendi, es un hombre de treinta y cinco años de edad, cuerpo delgado, trajes elegantes, medias de seda y brillantes zapatos. Fuma cigarros caros y su mano suave y delicada carga un fino bastón incrustado con piedras preciosas y adornos de oro.

Selman come en los restaurantes más caros, se codea con la aristocracia y, en su magnífico carruaje tirado por caballos de pura sangre, se pasea por las calles habitadas por la clase alta.

La fortuna de Selman Effendi, no fue heredada de su padre, el cual (que su alma descansa en paz) era un hombre pobre. Tampoco la acumuló por medio de la perspicacia y continuas actividades en el mundo de los negocios. Pues él, está lleno de prejuicios y detesta el trabajo, considerándolo degradante en cualquiera de sus formas.

Una vez se lo oyó decir: "Mi cuerpo y mi temperamento no están hechos para el trabajo, el trabajo está hecho para los que tienen la mente pesada y el cuerpo torpe."

¿Cómo es, entonces, que Selman acumuló su riqueza? ¿A través de qué magia, el barro en sus manos se transformaba en oro y plata?

Este es uno de los secretos que contiene la Libreta de hojas de plata y que Azrael, el Angel de la Muerte, nos reveló a nosotros y que, ahora, nosotros revelamos.

Hace cinco años, Selman Effendi desposó a Faheema, viuda de Butros Namaán, comerciante famoso por su honestidad, perseverancia y dedicación al trabajo.

Faheema tenía, entonces, cuarenta y cinco años de edad física y solamente dieciséis dulces años de edad mental y emotiva. Aún ahora, tiñe sus cabellos y, usando cosméticos, trata de parecer joven y hermosa. Sin embargo no logra ver a su joven marido hasta después de medianoche. Y difícilmente consigue algo, excepto miradas despreciativas y palabras duras, de quien está muy ocupado y entretenido en gastar la fortuna que su primer esposo ganara con sudor y esfuerzo.

2

Adib Effendi, es un joven de veintisiete años, nariz grande y ojos pequeños, manos sucias y rostro no muy limpio, ropa remendada y mal arreglada, con manchas de grasa y café.

La apariencia desagradable de Adib no es debida a su pobreza, sino a su preocupación por cuestiones espirituales y teológicas. Y se lo ha oído, con frecuencia, citar la sentencia de Amin El Jundy: "La mente no puede dedicarse a dos cosas al mismo tiempo", según la cual un hombre no puede dedicarse, a la vez, a cuidar su persona y atender asuntos del intelecto.

Adib habla sin cesar y en cualquier sitio emite juicios acerca de cosas y personas. Después de investigarlo, hemos descubierto que concurrió dos años a una escuela de Beirut para estudiar Retórica; escribe poemas, ensayos y artículos que jamás llegaron a publicarse, lo cual justifica, diciendo que los lectores árabes son ignorantes y que la prensa está degenerada.

Ultimamente, Adib Effendi, se ocupa en estudios sobre filosofía antigua y moderna. Admira a Sócrates y a Nietzsche y saborea los dichos de San Agustín tanto como los de Voltaire y Rousseau. En una fiesta de casamiento, lo hemos oído discutiendo acerca de Hamlet; mas su conversación era un monólogo, ya que los demás preferían cantar y beber.

En otra ocasión, en un funeral, el tema de su conversación eran los poemas de amor de Ben Al Farid y la "vinología" de Abinavaas, mientras, alrededor de él, la familia del muerto lloraba y gemía apesadumbrada.

Muchas veces nos hemos preguntado: ¿Por qué existe Adib Effendi? y ¿por qué pasa inútilmente sus días y sus noches en medio de libros viejos y manuscritos gastados? ¿No sería mejor que comprara un asno y se convirtiera en un saludable y útil transportista?

Este es otro de los secretos contenidos en la Libreta de hojas de plata y que nos fuera revelado por Belcebú y que nosotros ahora revelamos.

Hace tres años, Adib Effendi compuso un poema en honor de Su Excelencia, el Obispo Joseph Shamoun y lo declamó en la residencia de Habib Bey Seluam. Después de lo cual, el Obispo se acercó a Adib y, poniendo una mano sobre su hombro, dijo sonriendo:

- ¡Bravo, hijo mío! ¡Dios te bendiga! No tengo dudas acerca de tu inteligencia, algún día serás uno de los hombres más grandes de Oriente.

3

Farid Bey Davis es un hombre de cuarenta años, alto, de cabeza pequeña y calva. Camina con paso pomposo y balanceándose, inflando el pecho y estirando el cuello como un camello. Y, cuando habla a los gritos y pomposamente, quien no lo conoce, lo toma por un Ministro de Estado ocupado en dirigir un Imperio y gobernar a su pueblo.

Pero, Farid, sólo se ocupa de concurrir a fiestas y reuniones y hablar de las glorias de sus antepasados. Se deleita en citar frases de conquistadores, como Napoleón y Antar y su pasión, aunque no sepa usarlas, es coleccionar armas.

Uno de los proverbios que cita frecuentemente es aquel que dice: "Los hombres nacieron para ser servidos." O sino: "El pueblo es como una mula; sólo obedece a quien sabe montarla." Y también repite: "La pluma es para los débiles y las armas para los fuertes."

Pero, ¿qué es lo que induce a Farid a elogiar a sus antecesores y a proceder de esa forma?

Esto también es un secreto contenido en la Libreta de hojas de plata y que nos fue revelado por Satanael y que, ahora, nosotros revelamos:

En la tercera década del siglo XIX, el Emir Bashiz, Gran Gobernador del Monte Líbano, pasaba con su comitiva, a través de los valles libaneses, por la aldea en que vivía Mansour Davis, abuelo de Farid. El día era excesivamente caluroso y el Emir bajó del caballo y ordenó a sus hombres que desmontaran para descansar a la sombra de un roble.

Mansour Davis, informado de la presencia del Emir, llamó a sus vecinos y la buena noticia se esparció por toda la aldea. Y fueron todos al encuentro del Emir cargados de cestos con uvas y miel, higos y vino, conducidos por Mansour.

Cuando llegaron al sitio en que descansaba la comitiva, Mansour, se adelantó y, arrodillándose frente al Emir, besó el borde de sus ropajes. Después, se levantó y degolló un carnero y exclamó:

- ¡Todo esto para vuestra generosidad, oh, Príncipe y Protector de nuestras vidas!

Y el Emir, agradecido y satisfecho de tamaña hospitalidad dijo a Mansour:

-De hoy en adelante, serás el jefe de esta aldea bajo mi protección. Y durante doce meses este poblado estará libre de impuestos.

Y aquella noche, después que hubo partido el Emir, los aldeanos se reunieron en casa del "Shaik" Mansour Davis y juraron lealtad a la recién nominada autoridad.

¡Dios tenga piedad de sus almas!

Son muchos más los secretos contenidos en la Libreta de hojas de plata para poder enumerarlos a todos. Los demonios nos revelan algunos casi todos los días y, éstos, los revelaremos antes de que el Ángel de la Muerte nos envuelva con sus alas y nos conduzca al infinito.

Por ser ya la medianoche y por estar nuestros ojos ya cansados, permitid que nos entreguemos al descanso y, quizás, el maravilloso velo de los sueños transporte nuestras almas a un mundo más honesto que éste.

LA AMADA

En este cuarto, quieto y solitario, ayer se sentó la amada de mi corazón.

Sobre estos suaves cojines de color rojo apoyó su hermosa cabeza y en esta copa de cristal bebió su vino, mezclado con una gota de esencia de rosas.

Todo esto era ayer y el ayer es un sueño que no regresará jamás. Hoy, la mujer que amó mi corazón se fue a una tierra distante, desierta y fría, llamada tierra de la soledad y del olvido.

Las huellas de los dedos de la mujer que amó mi corazón aún están visibles en el cristal del espejo; el perfume de su aliento se detiene en los pliegues de mi ropa y el eco de su voz se repite en los rincones de la casa. Pero la mujer, ella misma -la mujer que amó mi corazón- se alejó hacia una tierra distante, llamada tierra del abandono y del olvido. Mañana abriré las ventanas y las ráfagas de viento entrarán y llevarán, para siempre, todo lo que aquella hermosa hechicera dejó en este sitio: el perfume de su aliento, la sombra de su alma, el eco de su voz, las huellas de sus dedos en el cristal del espejo...

El retrato de la mujer que amó mi corazón, continúa al lado del lecho. Las cartas de amor que me escribió aún permanecen en la caja de plata incrustada en coral. Y la trenza de sus cabellos de oro, que me envió como recuerdo, se conserva envuelta en seda y perfumada en almizcle e incienso. Todos esos recuerdos permanecerán en su sitio hasta la aurora y, cuando la aurora llegue, abriré las ventanas para que entre el viento y las arrastre hacia las tinieblas de la nada, donde mora una quietud sin palabras.

La mujer que amó mi corazón es semejante a las mujeres que amaron vuestros corazones, oh, jóvenes. Y es una criatura extraña. Para tallarla, usaron los dioses la modestia de la paloma y la mutabilidad de la serpiente; la vanidad del pavo real y la ferocidad del lobo; la belleza de la rosa blanca y el terror de una noche oscura y un puñado de cenizas.

Conocí a la mujer que amó mi corazón desde la infancia y corría tras ella por los campos.

La conocí en la juventud y contemplaba la sombra de su rostro en los libros. Reconocía las curvas de su cuerpo en las nubes del cielo y oía su voz en el murmullo de los arroyos.

Y la conocí en la madurez. Y conversaba con ella y le hablaba de los dolores de mi corazón y de los secretos de mi alma.

Todo esto, era ayer; y el ayer es un sueño que jamás regresará. Hoy, aquella mujer se fue hacia una tierra distante, fría y desierta, llamada tierra de la soledad y del olvido.

Y el nombre de la mujer que amó mi corazón es la vida. La vida es una mujer hermosa y fascinante, que atrae nuestros corazones y hechiza nuestras almas. Envuelve nuestra existencia con promesas, cuyo cumplimiento aplaza y difiere y, cuando se nos entrega, provoca el tedio en nosotros.

La vida es una mujer que se baña en las lágrimas de sus enamorados y se perfuma con la sangre de sus víctimas.

La vida es una mujer que viste la blancura de los días cubriendo la negrura de las noches.

La vida es una mujer que acepta el corazón humano como amante y lo rechaza como esposo.

La vida es una mujer hermosa y perversa. Y, quien descubre su perversidad, aborrece su belleza.

PALABRAS Y HABLADORES

Estoy harto de palabras y habladores.

Mi alma está cansada de las palabras y de los habladores. Mi doctrina se ha perdido en medio de palabras y habladores.

Despierto por la mañana y veo a las palabras, sentadas a mi lado, sobre los rostros de las cartas y los periódicos y las revistas. Y me lanzan miradas, llenas de astucia y falsedad.

Me levanto, me siento al lado de mi ventana para librar mi semblante del velo del sueño con una taza de café y las palabras me siguen y se alzan, frente a mí, petulantes y endiabladas. Después, extienden su mano hacia mi café y lo beben conmigo. Y, si fumo, fuman conmigo.

Sago a trabajar y las palabras me acompañan, hechas zumbido en mis oídos y tumulto en mi cerebro. Trato de expulsarlas, mas ellas se ríen burlonas y vuelven a susurrar, a zumbir en tumulto.

Camino por la calle y veo palabras en movimiento en todos los comercios. Y palabras inmóviles sobre las paredes de las casas. Las veo en los semblantes de las personas cuando están quietas y silenciosas y también cuando se mueven y gesticulan.

Cuando me siento a conversar con un amigo las palabras se sientan con nosotros. Y, si encuentro un enemigo, las palabras se inflan y se esparcen y se multiplican y acaban formando un ejército inmenso, que se extiende de uno a otro continente.

Penetro en tribunales y escuelas e instituciones y, ¿qué es lo que encuentro? Palabras y más palabras, todas sirviendo de marco para mentiras y astucias.

Voy a la fábrica, o a la oficina, o a la repartición pública y encuentro palabras, reunidas en familias, en tribus y, todas, mirándome con grosería y riéndose y burlándose de mí.

Y si me sobraron energías para visitar iglesias y templos, también allí, encuentro palabras entronizadas, coronadas y portando cetros finamente labrados y suaves al tacto.

Y, cuando llega la noche y regreso a mi casa, encuentro las mismas palabras escuchadas durante el día, pendiendo del techo como serpientes y caminando por los rincones como escorpiones.

Palabras en alas del éter. Palabras sobre las olas del mar. Palabras en los bosques y en las grutas y en las cumbres de las montañas.

Palabras en todas partes. ¿Dónde puede esconderse quien busca la paz?

¿Tendrá Dios pena de mí y me enviará la sordera para que pueda vivir feliz en el paraíso de la quietud eterna? ¿Habrà sobre la faz de la tierra un rincón libre del tumulto y la confusión de las lenguas, donde las palabras no sean vendidas ni compradas, ni dadas ni tomadas?

¿Habrà, entre los habitantes de la tierra, alguien que no se adore a sí mismo mientras habla? ¿Habrà, entre los hijos de Adán, alguien cuya boca no sea guarida de falsedades?

Si los habladores fuesen de una sola clase, los aguantaría y me conformaría. Pero pertenecen a innúmeras clases y categorías.

Están los habladores semejantes a ranas, que viven todo el día en los pantanos. Y, cuando llega la noche se acercan a las márgenes, levantan la cabeza por encima del agua y comienzan a perturbar la quietud con voces tan horribles que oído alguno puede soportar.

Están los habladores semejantes a mosquitos, también ellos producto de los charcos. Revolotean alrededor de nosotros, zumban en nuestros oídos sin otra finalidad que la de irritarnos y molestarnos.

Están los habladores semejantes a piedras de molino, los que producen el mismo barullo infernal que las piedras de molino.

Están los habladores semejantes a vacas, que llenan sus estómagos de pasto y se paran en las esquinas y en las plazas para lanzar al viento sus mugidos.

Están los habladores semejantes a lechuzas, que pasan su tiempo entre los cementerios de los vivos y los cementerios de los muertos, prodigando sobre ambos sus lúgubres chistidos.

Están los habladores semejantes a tambores, que golpean sobre sí mismos con mazas, extrayendo de sus bocas vacías sonos tan inarticulados como los de los tambores.

Están los habladores semejantes a telares, que tejen viento con el viento y permanecen con mentes vacías y sin ropa.

Están los habladores semejantes a grillos que, considerándose domadores del mundo, como dice el poeta, van chillando por todas partes.

Están los habladores semejantes a campanas, los que llaman al pueblo al santuario mientras ellos quedan afuera. Y hay muchas otras clases y categorías y tribus de habladores.

Y ahora, que he mostrado mi menosprecio por las palabras y los habladores, me siento como un médico enfermo o como un criminal predicando a otros criminales.

He censurado a las palabras con palabras. Y, deseando huir de los habladores, me he revelado como uno de ellos. ¿Querrá Dios, antes de enviarme al valle del Pensamiento, del Sentimiento y de la Verdad, donde no existen palabras ni habladores, perdonarme?

EN LAS TINIEBLAS DE LA NOCHE

En las tinieblas de la noche, nos llamamos unos a otros. En las tinieblas de la noche, gritamos y apelamos, mientras la sombra de la muerte se levanta entre nosotros. Sus negras alas flotan encima de nosotros; sus manos crueles empujan nuestras almas al abismo y sus ojos incandescentes están fijos en el horizonte lejano.

En las tinieblas de la noche, camina la muerte y nosotros caminamos tras ella, temerosos, afligidos y sin esperanzas de poder detenernos.

En las tinieblas de la noche camina la muerte y nosotros caminamos tras ella. Y cada vez que la muerte mira hacia atrás, millares de nosotros caemos al costado del camino. Y aquel que cae se duerme para no despertar más. Y aquel que no cae camina a pesar de sí mismo, sabiendo que caerá a su vez y que dormirá con los que duermen. Que no despertará ja más. Y la muerte continúa su camino, con los ojos fijos en el horizonte lejano.

En las tinieblas de la noche, el hermano llama al hermano; el padre llama a sus hijos; la madre llama a sus criaturas. Y todos estamos hambrientos y atormentados por la sed. Mas la muerte no tiene hambre ni sed. Devora nuestros cuerpos y nuestras almas. Y bebe nuestra sangre y nuestras lágrimas. Y jamás se harta ni se satisface.

Al comenzar la noche una criatura llama a su madre diciendo:

-Madre, tengo hambre.

-Espera un poco, hijo mío -responde la madre.

Entrada la noche, la criatura llama nuevamente a su madre:

Madre, estoy con hambre. Dame pan.

-No tengo pan, hijo mío -responde la madre.

Cuando la noche va llegando a su fin, la muerte pasa sobre la madre y su hijo, los golpea con sus alas y ellos caen al borde del camino. Y la muerte continúa su camino, con los ojos fijos en el horizonte lejano.

Por la madrugada, el hombre va hacia los campos en busca de alimento, pero sólo encuentra piedras y tierra. Y al mediodía, regresa a su mujer y sus hijos, con las manos vacías y agotadas sus fuerzas.

Y al caer la noche, la muerte pasa por el hombre y su mujer y sus hijos. Y los encuentra inmóviles. Entonces ríe y retoma su camino, con los ojos fijos en el horizonte lejano.

Por la mañana, el labrador se aleja de su cabaña en dirección a la ciudad. Lleva en sus bolsillos las joyas de su madre y de su hermana, para cambiarlas por pan. Y al atardecer, regresa a su casa sin pan y sin joyas. Y encuentra a su madre y a su hermana, inmóviles y con los ojos clavados en el vacío. Alza sus brazos al cielo y cae como pájaro herido por un cazador. Y, a la noche, la muerte pasa por el labrador y por su madre y por su hermana y los ve dormidos. Y sonrío y prosigue su camino mirando hacia el horizonte lejano.

En las tinieblas de la noche, en esas tinieblas sin fin, apelamos a vosotros para que caminéis a la luz del día. ¿Nos oís?

Os enviamos las almas de nuestros muertos como emisarios. ¿Comprendisteis el mensaje de nuestros emisarios?

Y volcamos sobre el viento del Este nuestro aliento.

¿Llegó el viento hasta vuestras costas distantes y entregó su carga? ¿Tomasteis conocimiento del flagelo que nos azota, tratando de salvarnos, o dijisteis, en vuestra prosperidad y seguridad: "Qué pueden hacer los que viven en la luz por los que viven en las tinieblas? Dejemos que los muertos entierren a sus muertos. Y que la voluntad de Dios sea cumplida."

Sí, ¡que, la voluntad de Dios sea cumplida!

Sin embargo, no pudisteis elevar a vuestras almas por encima de vosotros mismos para que Dios pudiera, a través vuestro, acudir en nuestra ayuda.

En las tinieblas de la noche, nos llamamos unos a otros.

En las tinieblas de la noche, el hermano llama al hermano; la madre a su hijo; el marido a su esposa y el enamorado a su amada. Y cuando nuestras voces se mezclan y se elevan, la muerte se detiene un instante, se ríe de nosotros. Y después, prosigue su camino, mirando hacia el horizonte lejano con sus ojos incandescentes.

LOS HIJOS DE LOS DIOSES Y LOS HIJOS DE LOS HOMBRES

Extraño es el destino. Y nosotros también somos extraños.

El destino cambió. Y cambiamos con él.

Fue hacia adelante e hicimos lo mismo.

Y develó su rostro y nos sentimos sorprendidos y felices.

Ayer, temíamos al destino y nos quejábamos de él. Hoy, lo amamos y confiamos en él. Y comprendemos sus intenciones y sus secretos y sus misterios.

Ayer, caminábamos, desconfiados, como sombras trémulas en medio de los temores del día y de la noche. Hoy, caminamos con entusiasmo hacia las cumbres de las montañas, donde mora la tempestad y hacen sus nidos el relámpago y el trueno.

Ayer, comíamos el pan amasado con sangre y bebíamos el agua mezclada con lágrimas; hoy, recibimos el maná de manos de las hadas de la aurora y bebemos vino, perfumado con la fragancia de la primavera.

Ayer, éramos juguetes en manos de la fortuna; y la fortuna era un gigante embriagado que nos empujaba, ora a la izquierda, ora a la derecha. Hoy, la fortuna salió de su embriaguez, ríe y juega con nosotros y nos sigue hacia donde queremos conducirla.

Ayer, quemábamos incienso frente a ídolos y ofrecíamos sacrificios a los dioses. Hoy, no quemamos incienso, si no es para nosotros mismos, porque el mayor y más espléndido de los dioses escogió nuestro corazón por templo.

Ayer, obedecíamos a reyes y nos inclinábamos frente a sultanes. Hoy, sólo nos inclinamos frente a la verdad, sólo seguimos a la belleza y sólo obedecemos al amor.

Ayer, bajábamos los ojos frente a los sacerdotes y respetábamos a los hechiceros. Mas los tiempos cambiaron; hoy podemos mirar al sol de frente y sólo prestamos, oído a la melodía del mar y sólo puede movernos una tempestad.

Ayer, destruíamos los tronos de nuestros egos para construir tumbas para nuestros antepasados. Hoy, nuestras almas son altares sagrados; las sombras de los siglos no pueden acercarse a ellos y los dedos de los muertos no pueden tocarnos.

Eramos un pensamiento silencioso escondido en los rincones del olvido. Hoy, somos una voz que sacude al firmamento.

Eramos una débil chispa, recubierta de cenizas. Hoy somos un fuego que domina las alturas por encima de los valles.

¡Cuántas veces pasamos la noche, echados sobre la tierra desnuda, cubiertos por la nieve, llorando las riquezas perdidas y las oportunidades desaprovechadas! ¡Y cuántas veces pasamos el día, postrados como ovejas sin pastor, bebiendo nuestros propios pensamientos y comiendo nuestras propias emociones, sin escapar ni al hambre ni a la sed! ¡Y cuántas veces el día que terminaba y la noche que llegaba nos encontraban llorando nuestra juventud agotada, sin saber qué deseábamos, sin saber por qué estábamos tristes, mirando espacios oscuros, atentos al gemido de lo vacío!

Esas fueron edades que pasaron como lobo entre las tumbas. Hoy, la atmósfera está serena, nuestro es el sueño y nuestros el pensamiento y los deseos. Tomamos el fuego con dedos que no tiemblan. Conversamos con las almas que nos rodean en un lenguaje nuevo. Y nubes de ángeles, embriagados con la melodía de nuestras almas, revolotean alrededor nuestro.

No somos, hoy, lo que éramos ayer. Tal fue la voluntad de los dioses para con los hijos de los dioses. ¿Cuál es vuestra voluntad, oh, hijos de los monos?

¿Avanzasteis un solo paso, desde que salisteis de las grietas de la tierra? ¿Mirasteis, alguna vez, hacia arriba, desde que los demonios abrieron vuestros ojos? ¿Pronunciasteis, una sola palabra del libro de la Verdad, desde que las serpientes besaron vuestros labios?

¿O, escuchasteis siquiera un momento, la canción de la Vida, desde que la Muerte tapó vuestros oídos?

Hace setenta mil años pasó entre vosotros. Os agitabais cual gusanos en las grietas de vuestras cavernas. Y, hace siete minutos, miré a través de los vidrios de mi ventana y os vi andar por vuestras sucias calles, con los grilletes de la esclavitud aprisionando vuestros tobillos y las alas de la muerte batiendo sobre vuestras cabezas. Vosotros sois, hoy, lo que erais ayer. ¡Y así, seréis mañana!

Somos, hoy, diferentes de lo que éramos ayer: tal es la ley de los dioses para los hijos de los dioses.

¿Cuál es la ley de los monos que se aplica a vosotros, oh, hijos de los monos?

DEL AMOR

Para hablar del amor, purifiqué mis labios en el fuego sagrado. Mas, cuando abrí mis labios para hablar, estaba mudo.

Cantaba al amor antes de conocerlo. Y cuando lo conocí, las palabras se transformaron en mi boca en un hálito frágil, y las melodías de mi corazón, en una quietud profunda.

Cuando los hombres, me interrogaban acerca de los misterios y milagros del amor, yo respondía y los convencía de mi conocimiento. Mas ahora que el amor me ha envuelto con su manto, soy yo quien pregunta acerca de sus caminos y características. ¿Habrán entre ellos quien me responda?

¿Qué es esta llama que arde en mi pecho y consume mis fuerzas y mis sentimientos y mis inclinaciones?

¿Y, qué son esas alas, que revolotean alrededor de mi lecho en la quietud de la noche y me mantienen despierto, esperando algo que ignoro, prestando oídos a lo que no escucho, fijando mis ojos en lo que no veo, pensando en lo que no comprendo, sintiendo lo que no aprehendo y hallando en los suspiros un deleite que no encuentro en la alegría y en las risas? Me entrego a una fuerza invisible que me mata y me resucita; para matarme y resucitarme nuevamente; hasta que llega la aurora e inunda con su luz mi cuarto. Duermo entonces, mientras en mis párpados debilitados, bailan las sombras y en mi lecho de piedra danzan los sueños de los sueños.

¿Qué es esto que llamamos amor?

¿Qué es este pensamiento ilimitado, causa de todas las consecuencias y consecuencia de todas las causas?

¿Qué es este despertar que abarca la vida y la muerte, y que forma con ellas un sueño más profundo que la muerte y más extraño que la vida?

¿Hay alguien que no despierta del sueño de la vida, cuando el amor toca su alma con la punta de sus dedos?

Y, ¿hay alguien que no abandona padre, madre y patria, cuando oye el amado de la amada?

¿Hay alguien que no atraviesa mares, desiertos, montañas y valles, para encontrarse con la elegida de su corazón?

Y, ¿qué hombre no llevará su corazón hasta los confines de la tierra si hubiera en los confines de la tierra una mujer que lo embriaga con el perfume de su aliento, lo encanta con el toque de su mano y lo hechiza con el timbre de su voz?

¿Qué hombre no se consumirá, como incienso, en el altar de un dios que oye sus preces y atiende sus súplicas?

REY ENCARCELADO

Paciencia, oh, rey encarcelado; no estás peor dentro de tu prisión, que yo dentro de mi cuerpo. Descansa y resígnate, oh, padre de los terrores. Derrumbarse frente a las aflicciones, es propio de chacales. A los reyes encerrados, sólo les cabe el desprecio por mazmorras y verdugos.

Cálmate, oh, valiente y mírame: Soy, entre los esclavos de la vida, como tú entre las rejas de tu jaula. La única diferencia está en un sueño perturbador, que envuelve mi alma pero que recela acercarse a ti.

Ambos vivimos exilados de nuestras patrias, separados de nuestras familias y seres queridos. Cálmate y sé como yo: paciente frente a las amarguras de los días y las noches, mirando desde lo alto a esos cobardes que nos superan por su número, mas no por su valor individual.

¿De qué sirven los rugidos y los gritos, siendo los hombres sordos como son?

Grité, antes que tú en sus oídos y sólo atraje las sombras de la noche; los examiné como tú y sólo encontré cobardes que simulan valentía frente a los encadenados. Y débiles que se ensoberbecen frente a los encarcelados.

¡Mira, oh rey poderoso! Mira a los que rodean ahora tu cárcel, fíjate en sus rostros y en ellos encontrarás lo que encontrabas en los más humildes servidores y súbditos de la selva. Contéplalos y verás a los que se parecen a los conejos por su fragilidad, a los zorros por su duplicidad y a las serpientes por su hipocresía. Mas, ninguno entre ellos, poseé la mansedumbre del conejo, ni la inteligencia del zorro, ni la sabiduría de la serpiente.

Mira, ese es mugriento como un cerdo, mas su carne no se come. Aquél es áspero como un cocodrilo, mas su piel de nada sirve. Ese es estúpido como un burro, mas camina con dos piernas. Y aquella, es vanidosa como pavo real, mas sus plumas son postizas.

Y mira, ¡oh, soberano majestuoso! Mira hacia esos palacios y moradas. Son, en realidad, nidos estrechos, habitados por hombres que se enorgullecen del decorado de sus techos, olvidando que son esos techos, los que los separan de las estrellas; que se enorgullecen de la solidez de sus paredes, olvidando que son esas paredes, las que los separan de los rayos del sol. Sus casas son cavernas oscuras donde mueren las flores de la juventud; donde muere el fuego del amor y se transforma en cenizas; donde el sueño del amor se convierte en columnas de humo. Y hay en ellas pasillos y galerías sin sentido, donde la cuna del recién nacido está al lado de la cama del agonizante; y el cajón del muerto al lado del lecho de la novia.

Y, mira, ¡oh, prisionero venerable! Mira hacia aquellas calles largas y aquellos pasajes estrechos; son valles peligrosos donde se esconden los asaltantes. Son campos de batalla para las ambiciones; donde las almas luchan, mas no con espadas. Y se hieren y se desgarran mutuamente, mas no con garras. Son, más exactamente, la selva de los horrores donde moran animales con apariencia de domesticados; con colas

perfumadas y cuernos pulidos, que obedecen a la ley de la supervivencia, no del mejor, sino del más astuto y falso, y respetan las tradiciones que exaltan, no al más fuerte y más dotado, sino al más hipócrita y falaz. Y sus reyes no son leones, como tú, sino extrañas criaturas que tienen pico de águila y garras de lobo; cola de escorpión y voz de rana.

Daríais mi vida, por rescatarme, ¡oh, rey encarcelado!

Y te he cansado de mi presencia y he hablado demasiado. Mas, el corazón destronado halla consuelo junto a los reyes destronados. Y el alma solitaria y prisionera le agrada la compañía de los prisioneros y solitarios. Perdona, pues, a un hombre que mastica palabras en lugar de alimentos y bebe sus propios pensamientos en vez de vino.

¡Hasta la vista, gigante majestuoso! Si no nos encontramos nuevamente en este mundo extraño, nos veremos en el mundo de las sombras, donde las almas de los reyes se reúnen con las almas de los mártires.

UNA VISION

Cuando la noche extendió su negro manto sobre la tierra, dejé mi lecho y fui hacia el mar, diciéndome a mí mismo: "El mar nunca duerme y, en su vigilia, halla consuelo el alma insomne."

Al llegar a la playa, la niebla que descendía de las montañas, cubría la región como un velo transparente, similar al velo que cubre el rostro de las mujeres hermosas. Contemplé las olas llenas de espuma; escuché sus oraciones elevarse a Dios y medité sobre el inmenso poder contenido en ellas, el mismo poder que habita el corazón de las tempestades, el mismo poder que alienta en la erupción de los volcanes, que sonrío en los labios de las rosas y canta en los arroyos.

Y entonces vi tres apariciones sentadas sobre una roca, envueltas en ropajes de niebla. Sentí que una fuerza ajena a mi voluntad, arrastraba mis pasos hacia ellas... Y el mismo poder que me había empujado me detuvo a poca distancia del sitio en que se hallaban.

En ese instante, oí a uno de los fantasmas que decía con voz terrible: "La Vida, sin Amor, es como un árbol sin flores ni frutos. Y el Amor sin Belleza, es como flores sin perfume, como frutos sin semillas... Vida, Amor y Belleza son tres entidades en una, que no pueden separarse.

Oí, entonces, la voz del segundo fantasma, semejante al rugir de una cascada: "La Vida sin Rebeldía, es como las estaciones sin la primavera. Y la Rebeldía, sin el Derecho, es como la Primavera en un desierto árido... Vida, Rebeldía y Derecho, forman un triángulo que no puede ser alterado ni sus lados separados."

Entonces, el tercer fantasma, con voz retumbante, semejante al sonido de un trombón, dijo: "La Vida, sin Libertad, es como un cuerpo sin alma. Y la Libertad sin Pensamiento, es como un espíritu confuso... Vida, Libertad y Pensamiento son tres en uno perpetuamente, y, jamás desaparecerán."

Y, los tres fantasmas, se levantaron simultáneamente y, con voces vigorosas, proclamaron: "Lo que genera el Amor, lo que crea la Rebeldía y lo que construye la Libertad, son tres manifestaciones de Dios. Y Dios es la expresión del Universo inteligente."

Y se hizo el silencio. Y el silencio se estremeció con el roce de alas invisibles y la vibración de cuerpos celestiales. Y pasaron los minutos. Y cerré mis ojos y, en mis oídos, aún sonaban las palabras pronunciadas.

Cuando abrí mis ojos, nada vi, excepto el mar envuelto en la niebla. Fui hacia la roca donde los fantasmas estuvieron sentados y nada había allí, sino una columna de incienso que se elevaba hacia el cielo.

LAS SIRENAS

En la profundidad del mar, rodeando las islas cercanas en donde nace el sol, hay un abismo. Y allí, donde la perla existe en abundancia, yace el cadáver de un joven rodeado por doncellas marinas de larga y dorada cabellera; lo miran fijamente con sus hondos ojos azules, conversando entre ellas con voces melodiosas. Y su conversación escuchada por las profundidades y llevada hacia la orilla por las olas, me fue traída por la brisa traviesa.

Una de ellas dijo:

-Es un humano que entró a nuestro mundo ayer, mientras nuestro mar estaba enfurecido.

Y la segunda dijo:

-El mar no estaba enfurecido. El hombre, que pretende ser un descendiente de los dioses, estaba guerreando con armas de hierro, y su sangre se derramaba hasta tornar casi el color del agua; este humano es una víctima de la guerra.

La tercera aventuró:

-No sé lo que es la guerra, pero sí sé que el hombre, después de haber sometido la tierra, se volvió agresivo y resolvió someter el mar. Inventó un extraño objeto que lo transportaba sobre las aguas, con lo cual nuestro severo Neptuno se enfureció ante su codicia. Para complacer a Neptuno, el hombre comenzó a ofrecer regalos y sacrificios, y el inmóvil cuerpo delante nuestro es el regalo más reciente a nuestro gran y terrible Neptuno.

La cuarta aseguró:

-Que grande es Neptuno, y qué cruel es su corazón. Si yo fuera el Sultán del mar, rehusaría aceptar semejante paga... Vengan ahora, y examinemos este-rescate. Tal vez nos iluminemos con respecto al clan humano.

Las sirenas se acercaron al joven, exploraron sus bolsillos y encontraron un mensaje cerca de su corazón; una de ellas lo leyó en voz alta a las otras:

Amado mío:

La medianoche ha llegado nuevamente, y mi único consuelo son mis vertientes lágrimas, y no hay nada que me conforte más que la esperanza de que regreses a mí de entre las sangrientas garras de la guerra. No puedo olvidar tus palabras cuando partiste: "Cada hombre tiene un préstamo de lágrimas que deben ser devueltas algún día."

No sé que decir, Amado mío, pero mi alma se arrugara como pergamino... mi alma que sufre por la separación, pero se consuela con el Amor que da alegría al dolor y felicidad a la pena. Cuando el amor unificó nuestros corazones, y deseamos el día en que nuestros dos corazones fueran unidos por el poderoso soplo de Dios, la guerra gritó su horrible llamado y tú la seguiste, impulsado por tu deber para con los jefes.

¿Qué es este deber que separa a los amantes, y hace que las mujeres se conviertan en viudas, y los niños en huérfanos? ¿Qué es este patriotismo que provoca guerras y destruye reinos por cosas sin importancia? ¿Y qué causa puede ser más trivial cuando se la compara con una vida? ¿Qué es este poder que invita a pobres de la aldea, menospreciados por los fuertes y por los hijos de la nobleza heredada, a morir por la gloria de sus opresores? Si el deber destruye la paz entre las naciones, y el patriotismo molesta la tranquilidad de la vida del hombre, entonces digamos: "La paz sea con el deber y el patriotismo:"

No, no, Amado mío. No hagas caso a mis palabras. Sé valiente y fiel a tu país... No escuches a una doncella, cegada por el Amor, y perdida entre la despedida y la

soledad... Si el Amor no te devuelve a mí en esta Vida, entonces el Amor seguramente nos unirá en la vida futura.

Tuya para siempre

Las sirenas volvieron a poner la nota bajo las vestimentas del joven y se fueron nadando, silenciosa y tristemente. Mientras se reunían a cierta distancia del cuerpo del soldado muerto, una de ellas dijo:

-El corazón humano es más severo que el cruel corazón de Neptuno.